

LIBRO TERCERO: GUERRA NACIONAL



*¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! ¡Laureles!*

.....
*Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,
Y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,
Y al que ama la insignia del suelo materno,*

Rubén Darío. "Marcha Triunfal".

17. San Jacinto

DESPUÉS DE LA caída de Granada en octubre de 1855, los indios de las cañadas de Matagalpa —del bando legitimista— fueron los primeros en tomar las armas contra el invasor. En noviembre, expulsaron de Matagalpa a las tropas leonesas aliadas de Walker y se aprestaban a echar de la región a los batidores del coronel filibustero Fry. El gobierno de Walker-Rivas sofocó la insurrección con ayuda de un sacerdote, muy estimado por los indios.

En diciembre de 1855, Roman Rivas —el hijo mayor del presidente don Patricio— acaudilló la siguiente rebelión contra el gobierno de su padre y de Walker. Roman residía en San Juan del Norte e iba de pasajero en *La Virgen*, con mercancías para Granada, cuando los filibusteros se apoderaron del vapor en La Virgen el 11 de octubre. Presenció luego la caída de Granada, acompañó a su padre en la toma de posesión y se rebeló tras la ejecución de Corral. Regresó a San Juan del Norte a organizar sus fuerzas. La vanguardia zarpó río arriba a mediados de diciembre: Roman iba en el bongo *Capitana* con diecisiete hombres; llevaban 100 fusiles, varios barriles de pólvora, cajas de municiones y un cajón lleno de puñales. Cuarenta y tres compañeros siguieron en otros bongos, en pequeños grupos para no dar sospechas. Acamparon en la ribera del río San Juan, en la confluencia del San Carlos. Rivas pensaba apoderarse de un vaporcito de la Compañía del Tránsito, tomar los fuertes de El Castillo y San Carlos, y desembarcar en Chontales. Pero la intervención imprevista de la Marina norteamericana frustró sus planes. El agente de la Compañía del Tránsito, sobre aviso, le pidió intervenir al comodoro Hiram Paulding, quien en esos días arribó a San Juan del Norte en la fragata *Potomac*. Paulding lo complació, invadió el río nicaragüense con sus marinos en un bote del *Potomac* y desbandó a los patriotas en la confluencia del San Carlos. Roman Rivas se fue a Costa Rica, donde se enroló en el ejército para luchar contra Walker. Al terminar 1855, la alianza de los leoneses con los filibusteros controlaba Nicaragua, haciendo imposible que tuviera éxito rebelión alguna.

La victoria costarricense en Santa Rosa súbitamente dio nuevas esperanzas a los legitimistas y los impelió a actuar. En abril de 1856, guerrilleros legitimistas acaudillaron las rebeliones en Ometepe, Chontales, Matagalpa, las Segovias y otras partes del país. Aunque Walker y sus aliados las sofocaron con mano de hierro, el filibustero no pudo extinguir la sed de libertad de los nativos. Los indíge-

nas de Ometepe se rebelaron de nuevo en julio, los sometieron por segunda vez y se levantarían de nuevo en armas en noviembre. Walker nunca logró controlar Chontales ni Matagalpa, regiones donde se refugiaron los patriotas que resistieron al invasor.

Chontales era legitimista sólido: en sus grandes haciendas de ganado y pequeñas poblaciones habían pocas tropas del gobierno y muchos refugiados granadinos. Cuando supieron el triunfo de Santa Rosa y la ocupación de Rivas por los costarricenses, se sublevaron contra Walker. Oficiales legitimistas organizaron un pelotón de patriotas y en la noche del 12 de abril asaltaron el cuartel de Acoyapa, cuya guarnición constaba de veinticinco soldados. Lo tomaron con facilidad porque el comandante leonés del cuartel se unió a los rebeldes. Levantamientos similares ocurrieron en Juigalpa, Comalapa y otros pueblos de Chontales, pero aunque había mucho entusiasmo no había pertrechos para enfrentarse a los filibusteros.

Varios voluntarios cruzaron el lago en una lancha a pedirle armas a Mora, obtuvieron cincuenta fusiles y algunas cajas de parque y regresaron a Chontales ya demasiado tarde, pues Goicouría había desembarcado en San Ubaldo el 22 de abril con más de 100 soldados norteamericanos y leoneses y desbandado a los patriotas, fusilando sumariamente a quienes capturó en su incursión por Acoyapa, Juigalpa, Comalapa y Boaco. Los demás huyeron hacia Matagalpa, en busca del General legitimista Fernando Chamorro, quien reunió tres docenas de oficiales y organizó la resistencia tan pronto supo lo de Santa Rosa. Al oír que Mora estaba en Rivas, el 20 de abril Chamorro y sus oficiales firmaron una acta proclamando su lealtad al Presidente legitimista José María Estrada, exiliado en Honduras. Alistaron aprisa una fuerza de 400 hombres —100 armados de fusiles de chispa y 300 indios con arcos y flechas— y se dirigieron hacia Nueva Segovia, con el propósito de facilitar el regreso a Nicaragua del Presidente Estrada. El *Chelón* Valle les cerró el paso en Somoto. Chamorro lo atacó el 26 de abril en la noche y sufrió una aplastante derrota; la tropa se le desbandó en todas direcciones. Con unos cuantos oficiales casi desnudos y descalzos, Chamorro se retiró al Valle Matapalo, en donde se les juntaron los restos dispersos de los legitimistas que Goicouría corrió de Chontales. Desalentados y faltos de todo, se dirigieron a Honduras, a aguardar una nueva oportunidad para luchar contra Walker.

La oportunidad se presentó en junio, cuando los ejércitos aliados de Guatemala y El Salvador se aprestaban a invadir Nicaragua. Los leoneses rompieron entonces con Walker. Estrada, en Honduras, se dirigió vía Choluteca a restablecer su gobierno legitimista en suelo nicaragüense; cruzó la frontera casi junto con el ejército guate-

malteco y el 29 de junio instaló su gobierno en Somotillo, lanzando una proclama y nombrando Ministro General a don Pedro Joaquín Chamorro y General en Jefe del Ejército al general Tomás Martínez —del ejército que pensaba levantar, pues en esa fecha Estrada no tenía tropas, apenas unos pocos militares veteranos y otros tantos jóvenes voluntarios. Cuando el general Fernando Chamorro y sus oficiales (que seguían descalzos, casi desnudos) bajaron de Honduras a unirse al gobierno de Estrada, Martínez marchó con ellos a Matagalpa. Llevaron 300 fusiles y diez cargas de parque donadas por el general Mariano Paredes, del ejército guatemalteco. Varias cuadrillas de indios matagalpinos llegaron a El Sauce y transportaron la carga en hombros y en carretas. A su arribo en Matagalpa, aquellos 300 fusiles en manos de otros tantos patriotas formaron el núcleo del Ejército del Setentrión en la guerra contra Walker.

El Presidente Estrada con su Ministro, jefes de sección y escribientes se trasladaron de Somotillo a Ocotál, buscando allegar recursos de los legitimistas en Nueva Segovía. Pero su causa estaba perdida, toda vez que El Salvador reconoció al gobierno de Rivas el 17 de junio y Guatemala también, en julio. Alarmado, Estrada envió a su Ministro Pedro Joaquín Chamorro a abogar ante Carrera en Guatemala. Chamorro salió para la frontera con diez hombres de custodia, lo que redujo a la mitad la guardia del presidente Estrada en Ocotál. El 13 de agosto, una banda de asesinos puso fin a la vida de Estrada, y todo indica que los líderes leoneses fueron los autores intelectuales del asesinato. Al recibir la noticia en Matagalpa, Martínez mandó 100 hombres al Ocotál, quienes capturaron y fusilaron a varios de los asesinos. Enseguida salió de León una fuerza mayor, ostensiblemente a pacificar la región, pero con instrucciones de liquidar a los legitimistas de las Segovías.

La recrudesciente guerra intestina terminó de pronto por los buenos oficios del General guatemalteco Mariano Paredes y el General salvadoreño Ramón Belloso, quienes le ofrecieron garantías a Martínez, invitándolo a León a fin de que se tratase de un arreglo entre legitimistas y democráticos para iniciar unidos la campaña contra Walker. Martínez aceptó; los notables de su partido reunidos en Matagalpa consintieron; el Presidente Rivas y su gabinete nombraron comisionados; las fuerzas leonesas contramarcharon de las Segovías sin haber cumplido su misión; y Martínez marchó a León con unos pocos soldados —la guardia de honor— de escolta.

El general Fernando Chamorro tomó el mando del ejército en Matagalpa durante la ausencia de Martínez. En el pueblo quedó una pequeña guarnición, pues parte de las fuerzas expedicionaban en las Segovías y Chontales, y el coronel José Dolores Estrada salió en

esos días con 120 hombres a recorrer las haciendas del Llano en el camino a Tipitapa. El propósito de Estrada era doble: dificultarle a Walker los recursos que sacaba de las haciendas ganaderas y facilitar el derrotero a los patriotas de Granada, Masaya, Managua y otros pueblos para engrosar el ejército en Matagalpa. Un suceso específico originó el movimiento. El 2 de agosto, una partida de nicaragüenses al servicio de Walker se apoderó del ganado de una finca en el Llano y se lo arreaba a Granada. Un grupo de patriotas en el camino persiguió a los cuatrerros, mató a varios y recobró el ganado. Temiendo la represalia de Walker, Chamorro envió de Matagalpa la "División Vanguardia" del coronel José Dolores Estrada, hacia Tipitapa, a proteger a los patriotas y a las propiedades. Así se montó el escenario para la Batalla de San Jacinto, el único evento de la Guerra Nacional que se celebra en Nicaragua.

El 16 de agosto, Walker envió a Tipitapa al coronel Edmund H. McDonald con las compañías A, B y C del Segundo Batallón de Rifleros. Las nóminas de las tres compañías sumaban 120 soldados al mando de doce oficiales. El 20 de agosto, por lo menos tres contingentes filibusteros recorrían la zona de Tipitapa a Chontales: el batallón del coronel McDonald, un destacamento al mando del mayor W. P. Caycee, y una partida de Batidores. El 29, Byron Cole salió de Granada hacia Chontales con un cuarto contingente de cincuenta montados, con órdenes de aplastar a los "renegados" nicaragüenses. Confrontando esa exhibición de fuerza filibustera, el coronel José Dolores Estrada marchaba de Matagalpa hacia el Sur con 120 nicaragüenses armados de los fusiles de Paredes. Estrada avanzó hasta cerca de Tipitapa y ocupó la casa de San Jacinto, antigua hacienda de ganado confiscada por Kissane a la familia Bolaños. Al saberse en Granada, a principios de septiembre, que los "renegados" estaban en San Jacinto, Walker ordenó a McDonald que los desalojara; éste avanzó de Tipitapa con sus Rifleros y atacó a Estrada el 5 de septiembre al amanecer.

Tal como la vieron y describieron los atacantes, la casa hacienda de San Jacinto está bien situada para la defensa, en un punto alto que domina los alrededores. Circundada de amplios corrales, los defensores podían disparar desde dentro de la casa por las troneras en todas direcciones, protegidos tras gruesas paredes coloniales de adobes a prueba de bala de rifle o fusil. Los cercos de piedra de los corrales constituían además una fuerte valla que los asaltantes debían escalar antes de poder hacer ningún daño. Tras dos horas y media de fuego nutrido, McDonald se retiró, dejando seis muertos en el campo y llevándose un número indeterminado de heridos. Los norteamericanos dejaron abandonados quince rifles y cantidades de

municiones y otros pertrechos. Los defensores sufrieron un muerto y tres heridos (el primer herido lo fue el joven oficial ayudante Abelardo Vega). Habiendo mantenido a casi todos sus soldados dentro de la casa, las pérdidas de Estrada resultaron mínimas.

McDonald se replegó a Granada, donde el 12 de septiembre “ciudadanos voluntarios” organizaron otra expedición a San Jacinto bajo el mando de oficiales del ejército. Engrosaron sus filas con soldados que se les unieron en Masaya y Tipitapa, incluyendo a Byron Cole a quien le dieron el mando de la expedición con Wiley Marshall de subjefe. Por lo menos sesenta y cinco filibusteros (probablemente más) llegaron al abra de San Jacinto el domingo 14 de septiembre a las 5 de la mañana y se detuvieron unos momentos para disponer el plan de ataque. Formaron tres compañías al mando del capitán Lewis D. Watkins, del teniente Robert Milligan y del mayor Calvin O'Neal; la de Milligan inició el asalto.

Impetuosamente lograron penetrar dentro del corral, causando numerosas bajas a los defensores allí apostados, mas enseguida tuvieron que retroceder a parapetarse tras los cercos de piedra. Estrada entonces ordenó un movimiento de flanqueo que ganó la batalla. Tres guerrillas salieron de la casa por la retaguardia, se internaron en el monte y cayeron sobre los filibusteros por la espalda. Las bestias de la remonta, asustadas, corrieron al lado de las guerrillas, y al oír el tropel de cascos los filibusteros creyeron que les caía encima la caballería enemiga. Se desbandaron al instante, en fuga precipitada, perseguidos de cerca por los victoriosos nicaragüenses. A Byron Cole lo capturaron en el camino y lo mataron ahí mismo. Charles Callahan fue visto por última vez, herido y exhausto, con los sabaneros y campistos nativos pisándole los talones. Marshall y Milligan también murieron; O'Neal y Watkins salieron heridos. Los cinco jefes norteamericanos fueron iguales bajas. *El Nicaraguense* enumeró doce norteamericanos muertos, doce heridos y tres desaparecidos, para un total de veintisiete bajas aquel 14 de septiembre. Estrada informó que 200 atacantes sufrieron veintisiete muertos y numerosos heridos. El capitán filibustero Horace Bell, quien atendió en Tipitapa a los derrotados, narró en sus *Memorias* que sus camaradas el 14:

...cayeron abatidos por decenas y veintenas y dejaron el campo cubierto de cadáveres. Los sobrevivientes, con algunos heridos, corrieron en busca de sus caballos que habían amarrado bajo unos árboles, y apenas tuvieron tiempo de montarse cuando los lanceros de Martínez [Estrada] los iban persiguiendo. Wiley Marshall iba con una pierna destrozada, pero lo subieron a la montura y cabalgó dieciocho millas a galope tendido con la

canilla meciéndose en el aire sólo para ir a morir a Tipitapa. Mi amigo Watkins fue uno de los heridos. Fue un desastre terrible. Los enfermos y heridos de las dos expediciones se refugiaron en la iglesia de Tipitapa convertida en fortaleza, y vuestro narrador fue el encargado de enterrar a los muertos, de enviar a los heridos a Granada y de sostener el punto hasta que se evacuaron los restos de las despedazadas expediciones.

Estrada había recibido refuerzos de Matagalpa después del combate del 5 de septiembre, y el 14 tenía 160 hombres (entre ellos un contingente de indios flecheros matagalpinos, llegados el 11) bajo su mando: jóvenes de Masaya, Granada, Managua y otras poblaciones, con oficiales formados en la revolución de 1854. Ellos también sufrieron fuertes bajas: cincuenta y cinco muertos y heridos. Varios de los rebeldes de Chontales participaron en la jornada.

Aunque tanto el número de combatientes como las bajas fueron apreciablemente mayores en otras batallas de la guerra contra Walker, la de San Jacinto no cede el primer lugar a ninguna en importancia. Los dos combates en San Jacinto, considerados como una sola batalla en dos etapas, fueron los únicos en la Guerra Nacional en que nicaragüenses y norteamericanos se enfrentaron sin auxiliares, y quedó en una resonante victoria de los nicas. Es por ello que ha pasado a ser el evento más memorable en la historia patria nicaragüense, y siempre se revive la orden espartana de Estrada: "Firmes hasta caer el último". Andrés Castro, quien mató a un norteamericano de una pedrada al faltarle fuego a su carabina, se inmortalizó como símbolo espléndido de la lucha desigual de los patriotas de cotona, caites y fusil de chispa, y los invasores del destino manifiesto con sus rifles Mississippi Minié y revólveres Colt.

San Jacinto ocurre en un momento oportuno: infunde a los nicaragüenses y a sus aliados centroamericanos renovada confianza en su habilidad de derrotar a los filibusteros precisamente cuando el Ejército Aliado por fin se aprestaba a iniciar la ofensiva contra Walker. La vanguardia de los ejércitos de Guatemala y El Salvador había llegado a León el 13 de julio y su presencia ayudó a proteger la ciudad de un posible ataque filibustero, pero diversos eventos ocurrieron en los siguientes dos meses antes de que los aliados prosiguieran su marcha libertadora hacia Granada, una marcha conjunta que llevaba como ejemplo los laureles de San Jacinto.

* * *

LA GUERRA NACIONAL se llamó así por haber reunido el sentimiento de la desmembrada Nacionalidad centroamericana, juntan-

do a los cinco países (Guatemala, Honduras, El Salvador, Costa Rica y Nicaragua) contra el filibusterismo esclavista y anexionista que encarnó William Walker. Los hechos más destacados que rodean a San Jacinto, antes y después, son éstos:

El 18 de julio, los plenipotenciarios de Guatemala, El Salvador y Honduras firmaron en Guatemala una Convención de liga y alianza, reconociendo a don Patricio Rivas como Presidente de Nicaragua. El 27 de julio, el gobierno del Presidente Rivas nombró General en Jefe del Ejército de Nicaragua, al general salvadoreño Ramón Belloso, poniendo así las fuerzas del país y las auxiliares bajo un solo mando. Para entonces, la “fiebre” había comenzado a diezmar a los ejércitos aliados en León, especialmente a las tropas guatemaltecas originarias de un clima templado. Hubo que enviar refuerzos a toda prisa para reemplazar las pérdidas. Los nuevos contingentes de soldados guatemaltecos y salvadoreños arribaron a El Realejo el 21 de agosto y entraron en León el 25. La antigua antipatía entre los salvadoreños y los guatemaltecos hizo necesario tomar medidas para evitar choques entre los rivales de antaño. Los leoneses se identificaban con los salvadoreños y los legitimistas con los guatemaltecos.

El general Tomás Martínez llegó entonces a León a entablar las pláticas de paz con los comisionados del gobierno de Rivas. Los generales aliados Belloso y Paredes sirvieron de mediadores, manifestándole a Martínez que, si fracasaban, los ejércitos aliados abandonarían Nicaragua. Las pláticas estuvieron a punto de fracasar, mas tras intensas negociaciones se firmó un acuerdo el 12 de septiembre. El Presidente Rivas lanzó al instante una proclama, congratulándose él y sus compatriotas por haber ese día cesado la guerra fratricida.

Los Ejércitos Aliados al mando de Belloso avanzaron de León hacia Managua el 18 de septiembre. Debido a enfermedad del general Paredes, el coronel José Víctor Zavala iba al frente de las fuerzas guatemaltecas. Martínez volvió a Matagalpa a dirigir las operaciones del Ejército del Setentrión contra Walker. Encontró vía libre para sus fuerzas hasta más allá de Tipitapa, pues Walker había retirado el Batallón de Rifleros de McDonald a Granada después de su segunda y sangrienta derrota en San Jacinto.

18. Guerra

EL “PRESIDENTE WALKER” de Nicaragua, el “Regenerador de Centroamérica”, había continuado dictando decretos para cambiar la naturaleza primaria del cristal en que edificaba su imperio esclavista. El 11 de septiembre emitió el decreto No. 48, alterando la bandera de su república: en adelante tendrá tres franjas, una blanca y dos azules; la de enmedio, del doble de ancho de las otras y con una estrella roja de cinco puntas en el centro. El 22 de septiembre emitió el decreto No. 49: “Art. 1º. Todas las actas y decretos de la Asamblea Constituyente Federal [de Centroamérica] como también los del Congreso se declaran nulos y de ningún valor”. Como la ley federal había abolido la esclavitud, al anular por decreto esta previa abolición Walker reinstauró de derecho la esclavitud en Nicaragua, sólo que ahora sin mencionarla por su nombre —es decir, con la misma argucia e idénticas artimañas a como lo hizo antes en Baja California.

Con los “americanos blancos” apoderándose de la tierra, y los “americanos negros” (a quienes entonces llamaban “africanos”) para trabajarla, el plan del “nuevo cristal” nicaragüense de Walker mostraba una pirámide de sólido blanco-marfil sobre una capa de negro-ébano; sin lugar para los nicaragüenses criollos “híbridos” que desaparecerían, aplastados enmedio; el indio aborigen “inferior” quedaba a su suerte de animal carguero. Walker estaba ya listo a recibir por millares los inmigrantes blancos que sus agentes enganchaban en los Estados Unidos, con las legiones de esclavos que enseguida necesitasen para laborar la tierra.

Pero en todo septiembre no llegó ningún barco de Nueva Orleans ni de San Francisco y sólo un vapor de Nueva York arribó a San Juan: el *Tennessee*, que el 22 de septiembre desembarcó 205 reclutas, organizados en el “Batallón de Voluntarios de Nueva York”. En el barco también llegaron John P. Heiss, varios “civiles” que deseaban hacerse ciudadanos nicaragüenses, cuatro morteros y otros pertrechos. Cartas de Nueva York anunciaban que 1,000 familias de colonos se habían enrolado, de las que 300 zarparían enseguida para Nicaragua; con ellas, 500 reclutas llegarían a engrosar el ejército en Granada. Walker recibió también malas noticias: Tendría que esperar otro mes antes de que Garrison y Morgan enviaran un vapor de Nueva Orleans; y el gobierno de Pierce había decidido no recibir al Ministro Appleton Oaksmith, alegando como pretexto la situación inestable de Nicaragua. Ese problema se hubiera evita-

do si Walker deja a Heiss de Ministro, pues el Departamento de Estado lo había reconocido como sustituto de Vijiil en julio y el Presidente Pierce lo había recibido el 25 de agosto.

Heiss trajo un Tratado de Amistad, Comercio y Navegación suscrito por Wheeler con el gobierno de Estrada el 20 de junio de 1855 y aprobado por el Senado en Washington el 13 de agosto de 1856. Walker rápido emitió el decreto No. 51, el 27 de septiembre, ratificando el tratado.

Mientras tanto, al replegarse las fuerzas de Walker a Masaya, las tropas del general Belloso —1,800 guatemaltecos, salvadoreños y nicaragüenses— ocuparon Managua el 24 de septiembre. En Masaya los filibusteros habían construido barricadas y defensas declarándolas inexpugnables. La ciudad era sana: en el último mes la guarnición norteamericana sufrió solamente un muerto por enfermedad. En Granada, el Cuerpo de Artillería preparaba una buena batería de campaña y tenía ya listos cinco cañones montados en sus cureñas, sobre ruedas norteamericanas, además de otras piezas que se aprestaban para la defensa de la capital; entre los últimos reclutas habían llegado buenos artilleros, veteranos de la Guerra de Crimea. Más morteros, obuses y gran cantidad de municiones venían en camino de Nueva York, lo que daría a Walker un Cuerpo de Artillería superior a todo lo hasta entonces visto en Centroamérica.

De acuerdo a *El Nicaraguense*, el ejército de Walker gozaba de excelente salud, pues habiéndose ya aclimatado todos los norteamericanos estaban sanos de cuerpo y espíritu. Al salir otras tropas de refuerzo de Granada para Masaya, los soldados iban cantando alegres. Así, al concluir septiembre de 1856, todo indicaba que la batalla se libraría en Masaya si los Aliados avanzaban desde Managua. De hecho, Walker no esperaba que Belloso se atreviera a atacar Masaya, donde los filibusteros se creían seguros en su bastión mientras aguardaban inmensos refuerzos de Estados Unidos. Walker pensaba lanzar su ofensiva contra León al terminar las lluvias, en noviembre. A principios de octubre, *El Nicaraguense* se figuraba a los Aliados en Managua descorazonados y desbandándose. Pero al entrar en Managua, Belloso supo de la victoria de Estrada en San Jacinto y continuó avanzando hacia Granada. Poniendo en práctica su “estrategia militar”, ejecutó un movimiento de pinzas: mientras las tropas guatemaltecas y leonesas alcanzaban Nindirí (a cinco kilómetros al Norte de Masaya), las salvadoreñas marcharon sobre Masatepe (a veinte kilómetros al Sur), amenazando simultáneamente la retaguardia de los filibusteros en Masaya y la plaza de Granada. Los batidores de Walker detectaron el movimiento de Belloso. Temiendo perder la capital, Walker sin dilación evacuó Masaya y con-

centró su ejército para defender Granada.

Belloso ocupó Masaya el 2 de octubre, pocas horas después de que la abandonaran los filibusteros. El batallón de Estrada de San Jacinto, reforzado con creciente número de voluntarios, salió de Tipitapa y la tropa orgullosa entró en Masaya el 6, coronadas las armas con ramas y con flores, marchando entre dos filas de aliados que vitoreaban a sus valientes amigos vencedores. El Ejército Aliado tenía entonces 2,300 hombres, y se dividió en dos cuerpos. Guatemaltecos y legitimistas (cerca de 1,000 hombres) se fueron a Dirio-mo, doce kilómetros al sureste de Masaya y equidistante de Granada; 1,300 salvadoreños y leoneses se quedaron en Masaya.

En esos días Walker recibió dos contingentes de reclutas de Estados Unidos. El *Sierra Nevada* llegó de San Francisco a San Juan del Sur el 2 de octubre con setenta filibusteros al mando de los coroneles Kewen y Sanders, y *La Virgen* los llevó a Granada el 4. En esa fecha el *Texas* llegó de Nueva York a San Juan del Norte con 100 reclutas de Kentucky al mando del coronel Jack Allen, y *La Virgen* los llevó a Granada el 6. Con ellos llevaron dos obuses, gran cantidad de rifles Minié y abundantes municiones.

Granada permanecía relativamente saludable desde la entrada de las lluvias en mayo. Las tropas de Walker habían sufrido pocas bajas por enfermedad. Además, por decreto, todo hombre blanco residente en sus dominios prestaba servicio militar obligatorio. Con el arribo de los contingentes del *Sierra Nevada* y el *Texas*, su ejército entero tenía entre 1,500 y 1,600 soldados norteamericanos, sin incluir un solo nativo. En los días subsiguientes, Walker asignó los nuevos reclutas a diversas unidades, organizó el cuerpo de Zapadores y Minadores y preparó cureñas para los obuses. Distribuyó las nuevas y mejores armas a sus soldados. Organizó unidades de francotiradores con rifles Minié, escogidos entre los de mejor puntería en cada batallón. Tras varios días de ejercicios de tiro al blanco, *El Nicaraguense* informó que “los rifleros matan con seguridad a un enemigo a mil yardas de distancia, en tres de cada cinco tiros”. Walker envió un destacamento de *La Virgen* a reforzar las defensas del río San Juan y replegó el resto de las fuerzas a la capital. Ordenó a Hornsby trasladar sin pérdida de tiempo su tropa —150 hombres— de San Jorge a Granada, donde llegaron a las 6 A.M. el 8, dejando un puñado de soldados en la ruta del Tránsito del Departamento Meridional.

El 11 de octubre al mediodía, Walker marchó al frente de su ejército a atacar Masaya. Mil hombres desfilaron con pífano y tambor: dos compañías de jinetes Batidores a la vanguardia, seguidos del Primer Batallón de Rifleros; luego el general Walker con el Estado Mayor, los edecanes uniformados de azul celeste con adornos ro-

jos y varios caballeros voluntarios; tras ellos, las mulas de carga con las municiones, los dos obuses, el Cuerpo de Artillería, la banda de guerra, el Segundo Batallón de Rifleros, el Primero y Segundo Batallones de Infantería, y más Batidores montados cerrando la retaguardia. Los soldados llevaban raciones para tres días. El Segundo Batallón de Rifleros llevaba en su bandera el lema "Victoria o Muerte". Los norteamericanos llegaron a las afueras de Masaya al anochecer y para las 10 P.M. toda la tropa acampaba a ambos lados del camino, a la luz de la luna. Partidas de caballería filibustera y lanceiros aliados hicieron contacto en varias ocasiones durante la noche mientras Walker, "recostado en el suelo frente a un ranchito de paja ... yacía tranquilo, con provocante serenidad".

La batalla comenzó al amanecer del 12. Walker capturó la iglesia de San Sebastián en cuestión de minutos, pues Belloso desplegó sus fuerzas tras fuertes barricadas en el trayecto entre San Sebastián y la plaza principal frente a La Parroquia, en el centro de la ciudad. Los ochocientos metros entre las iglesias los ocupaban largas cuerdas de casas con gruesas paredes de adobe. Los cañones aliados cubrían las calles. Después de un buen desayuno en San Sebastián, los zapadores y minadores de Walker comenzaron a abrir boquetes en las paredes para el avance lento de la infantería y los rifleros por dentro de las casas, mientras los obuses disparaban docenas de bombas a las posiciones aliadas. Pero las bombas no hicieron ningún daño, ya que explotaban prematuramente en el aire o no explotaron del todo.

Al mediodía, Belloso con 200 infantes y 25 jinetes salió por una calle lateral al camino de Granada y atacó a Walker por la retaguardia, cogiéndolo entre dos fuegos. Sobrevino una lucha encarnizada, cortándola bruscamente un aguacero torrencial que obligó a Belloso a replegarse y guarecerse en La Parroquia. En la tarde Walker, sentó sus reales a medio camino entre las iglesias. Al anochecer, su vanguardia entraba ya en las casas aledañas a la plaza, hendiendo el perímetro del bastión aliado. Al caer la noche el combate cesó, cuando Walker dispuso posponer el asalto final para la mañana siguiente.

El Nicaraguense informó que el 12 de octubre los norteamericanos sufrieron solamente dos muertos y quince heridos en Masaya, mientras mataban a 100 soldados aliados. Belloso, por el contrario, estimó en por lo menos 300 las bajas norteamericanas y admitió sólo once muertos y veintiún heridos aliados.

Mientras tanto, sin que Walker se diera cuenta, las tropas guatemaltecas de Zavala y nicaragüenses de Estrada estacionaban en Diriomo al atacar él Masaya. Teniendo muy pocos nativos en sus filas y

con la población entera en contra, su inteligencia militar era deficiente. Entre los pocos nicaragüenses que lo acompañaban, iban espías patriotas como don Dámaso Sousa y el líder demócrata de Masaya, don Chico Bravo, fingiéndose leales a Walker; por medio de correos, Sousa y Bravo mantenían informados a los generales aliados de cuanto sucedía en el campamento filibustero.

Al saber que Walker avanzaba sobre Masaya, Zavala y Estrada salieron de Diriomo, tomaron el camino de Masaya a Granada después que él pasó, y se dirigieron a atacar Granada. A la 1 P.M. del mismo 12, los 900 guatemaltecos y nicaragüenses entraron del Oeste, por Jalteva, y en cuestión de minutos se posesionaron de casi toda la ciudad. Los 250 norteamericanos que, bajo el mando del general Fry incluían ochenta enfermos e inválidos en el hospital (comandados por O'Neal, en muletas desde San Jacinto), defendieron la plaza con la ayuda de la artillería: un cañón con balas de dieciocho libras y otro de a seis libras en la esquina suroeste, uno de a nueve libras en el cuartel principal, junto a la Parroquia, y otro de a seis libras en la esquina noreste, y se sostuvieron en las filas de edificios en los costados oriental y Sur de la plaza, desde el hospital, el cuartel y la Parroquia hasta el arsenal y la oficina de gobierno.

Zavala avanzó con arrojo hasta la propia residencia de Walker y tomó la bandera. Paseándose temerariamente enfrente de la casa, blandiendo el trofeo, se vio obligado a retirarse a toda prisa cuando las balas filibusteras le perforaron en sucesión el pabellón y la manga del sobretodo que llevaba puesto. Detenidos en su avance por los cañones, rifles y revólveres norteamericanos, los aliados se desviaron hacia el Norte a atacar el hospital, pero ahí también los paró en seco el cañón de a seis y la fuerza comandada por el mayor O'Neal. Los aliados entonces lanzaron un ataque vigoroso por detrás a los defensores, desde el Este y el Sur de la plaza, pero de nuevo fracasaron en toda la línea. Al no poder penetrar por ningún punto, las fuerzas guatemaltecas y nicaragüenses enseguida se dispersaron por la ciudad, en franco pillaje. Muchos se emborracharon con el abundante licor que encontraron en las tiendas y casas particulares.

Para los nicaragüenses enardecidos al calor del combate contra Walker, todo norteamericano era enemigo. Dos escenas horribas ilustran el punto: mientras un grupo de niños almorzaba a mediodía en una casa frente a la iglesia de San Francisco, un soldado aliado disparó por una ventana y mató adrede de un tiro en la cara al hijo de siete años de un maestro de escuela recién llegado de Nueva York; y, a las 4 de la tarde, un oficial nicaragüense capturó a un par de ministros protestantes, a un carpintero y al comerciante y antiguo residente de Granada John B. Lawless, en la residencia de Lawless

junto a la iglesia de La Merced, donde los cuatro extranjeros intentaron cobijarse bajo la bandera norteamericana. Una hora más tarde, el coronel José Dolores Estrada pasó frente a la casa donde estaban confinados los prisioneros, en la plaza de Jalteva; al verlos, preguntó quiénes eran, y se le informó que eran estadounidenses. De inmediato, sin averiguar las circunstancias de su arresto, ordenó que se les ejecutara en el acto, sin darles tiempo a prepararse para morir y sin siquiera llevar a cabo los preliminares de formar el piquete de ejecución; los cuatro prisioneros fueron baleados a granel, y sus cadáveres mutilados, acuchillados, apuñalados y bayoneteados.

El Ministro norteamericano John H. Wheeler estaba postrado en cama, convaleciente de una grave enfermedad, pero casi todos los demás estadounidenses tomaron armas en favor de Walker ese día en Granada. Muchas mujeres y niños se refugiaron en la residencia del Ministro Wheeler, protegidos por quince rifles apostados ahí por el general Fry, y en la iglesia de La Parroquia, principal bastión norteamericano en la plaza. Durante esa noche y la mañana siguiente, Zavala juntó algunas tropas y lanzó varios ataques, mas siempre fue rechazado por la artillería filibustera.

En su informe oficial de la defensa de Granada, Fry admitió diecisiete bajas en sus fuerzas: siete muertos y diez heridos. De pérdidas aliadas no dio cifra exacta; sólo dijo que llevaba contados como 150 cadáveres.

Entretanto, en Masaya, Walker creía tener en sus manos en la plaza al ejército aliado entero, y ordenó descanso a su tropa durante la noche para el asalto final en la mañana. Habiendo gastado abundantes municiones ese día, a eso de las 9 P.M. envió al coronel Thomas F. Fisher, Intendente del ejército, a Granada con una recua de mulas en busca de pertrechos; su ayudante, el teniente coronel William K. Rogers acompañó a Fisher para acelerar los preparativos de la marcha triunfal hasta León que Walker pensaba hacer tras derrotar a Belloso en Masaya. El edecán cubano, teniente coronel F. A. Lainé se unió a la comitiva, con intenciones de proseguir viaje en el primer vapor a Nueva York, enviado por Walker en misión confidencial.

Cuando los tres coroneles filibusteros con su escolta de Batidores y la recua de mulas cruzaban junto a la laguna de Apoyo, los retumbos inesperados de artillería por el oriente los hicieron detenerse en un rancho. Al presionarla con insistencia, la moradora les informó que el ejército de Zavala había atacado Granada al mediodía. Rogers y dos ayudantes se regresaron a galope tendido a Masaya, mientras los demás acampaban junto a la laguna en espera de la fuerza que enviaría Walker. Rogers entró en Masaya casi a mediano-

che y encontró a Walker en el puesto de mando, a la orilla de la plaza principal.

A las 3 de la madrugada el ejército filibustero evacuó Masaya y como a las 8 de la mañana del 13 —día del aniversario de la primera toma de Granada— estaba a tiro de fusil de la iglesia de Jalteva. Zavala los esperaba en una lomita del camino, tras una barricada con cien hombres y un cañón. De acuerdo a *El Nicaraguense*:

Cuando los soldados americanos se acercaban a la iglesia de Jalteva, las andanadas de los fusiles enemigos eran tan nutridas que todos los jinetes instintivamente se tiraron al suelo para protegerse tras los caballos. Solamente el general Walker quedó en la montura, dando órdenes a sus soldados con la misma sangre fría con que se ordena una botella de vino para la cena; y no se desmontó sino hasta después que sus compañeros le rogaron repetidamente que lo hiciera. Su comportamiento fue de quien se cree a prueba de balas. Afortunadamente, no lo tocó ninguna. ... Al verlo, sus hombres se sintieron invencibles. Cargaron como leones enfurecidos, y el enemigo huyó en todas direcciones, abandonando el cañón en el campo.

Los soldados de Walker irrumpieron en la ciudad, atacaron los sitios en que se habían fortificado los aliados y en menos de tres cuartos de hora los remanentes del derrotado cuerpo de ejército centroamericano buscaban salvar la vida entre los matorrales, huyendo de Granada por todas las rutas disponibles.

Nadie anotó la cuenta exacta de las bajas aliadas ese día. En su informe oficial, Zavala dijo haber tenido algunos muertos entre oficiales y soldados, pero sin puntualizar el número. Agregó que 240 sobrevivientes habían regresado a Diriomo, incluyendo enfermos y heridos, y que faltaban cerca de 100. Un cronista filibustero estimó que 400 aliados murieron en Masaya y otros 400 en Granada. *El Nicaraguense* simplemente dijo que las cantidades de bajas enemigas fueron “verdaderamente asombrosas”:

En muchas casas hay docenas de cadáveres apiñados; están regados por las calles, en los umbrales de las puertas y en los excusados. Hay muchos muertos en los matorrales de los alrededores; bongos llenos de los que perecieron tratando de escapar por el lago, y a cada rato llegan noticias de que siguen encontrando decenas y veintenas de muertos en los patios de las casas. La cárcel está llena de prisioneros, y mientras escribimos estas líneas continúan trayendo más.

En cuanto a las bajas norteamericanas, la lista oficial de *El Nicaraguense* sumó 109 en Masaya y Granada el 12 y 13 de octubre: 24 muertos, 76 heridos y 9 desaparecidos. En *La Guerra*, Walker

puso 25 muertos y 85 heridos. El padre Patrick M. Rossiter, sacerdote católico norteamericano, se distinguió rifle en mano en el combate de Granada; Rossiter había llegado con el contingente de Nueva York en septiembre y Walker lo nombró Capellán del Ejército con el rango y la paga de Capitán. El mismo día que el cura filibustero norteamericano debutaba en la guerra, el famoso cura filibustero nicaragüense, padre Agustín Vijil, se despedía de ella. El 13, al atardecer, Vijil obtuvo un pasaporte de Walker y a medianoche zarpó en *La Virgen* para San Juan del Norte, rumbo a Cartagena, Colombia.

Después de la derrota de San Jacinto, del ataque aliado a Granada y del imprevisto repliegue de Masaya, el fin del dominio de Walker en su capital (cuyo primer aniversario de la toma por los filibusteros se cumplía también en la misma fecha de la fuga diplomática de Vijil, que recibió un año antes a Walker con un sermón de iluso) estaba a la mano y a la vista.



Casa de la hacienda San Jacinto.

19. Avalancha

A LOS OJOS de sus oficiales y soldados, Walker, durmiendo tranquilo en la hamaca después de recapturar Granada el 13 de octubre de 1856, era la personificación del éxito. El Predestinado de los Ojos Grises seguía viendo el mundo a través del lente de su obsesión mesiánica. En un artículo intitulado “Tema para un novelista”, en *EL Nicaraguense* del 18 de octubre, escribió: “Hace menos de dos años, surgió un pensamiento en el cerebro de un joven, sentado en su santuario atestado de libros donde solía entrar en comunión con los grandes y los buenos de otras épocas. ... En adelante ya no fue dueño de sí mismo. Había un designio poderoso que debía ejecutar...”

Reafirmando su creencia de que “las leyes supremas de un Ser omnisciente guían todos los eventos”, Walker se llamó a sí mismo sin sonrojarse “uno de los líderes más hábiles y desinteresados que haya jamás conducido a un pueblo a la prosperidad ... un Washington ... a quien Él utiliza en el desarrollo de Sus designios”. Proclamó la vieja línea de que junto con sus seguidores norteamericanos en Nicaragua, se esforzaba en “extender las instituciones que hacen un pueblo de soberanos, entre quienes el soldado raso se lanza a la conquista con igual ardor e interés como si fuera el General en Jefe”. Pero casi en el mismo instante, reafirma su credo racista al recalcar que en el interior del África, “según lo vieron los grandes exploradores Bruce y Mungo Park”:

...El sentimiento inicial del negro al ver por primera vez al hombre blanco, parece ser el miedo, haciéndolo reaccionar combativo, atacándolo. Es el mismo sentimiento que se observa en la actuación del tigre y otros animales carnívoros. Es el instinto de la mera fuerza bruta en presencia de una potencia moral superior.

Las razas de piel oscura en este continente siempre han reaccionado en la misma forma de los negros africanos. Nunca han luchado por un principio o una idea —son incapaces de escalar esas alturas— sino que pelean por continuar una existencia meramente física, que en el fondo del alma sienten no pueden mantener y a la vez competir con los caras pálidas. Por eso libran una guerra racial y a veces casi han logrado forzar a los blancos a tomar esa postura.

¿Pero dónde están los Bravos del septentrión? ¿Dónde están hoy los guerreros de las naciones que se combinaron para exterminar a las primeras colonias? ¿Dónde están hoy las federaciones

que intentaron detener la oleada de civilización que los blancos desataron sobre las extensas praderas del Oeste? Están,

*“Cual un copo de nieve en el río,
Que duró un momento
Y desapareció para siempre.”*

Todo escarmiento, todo ejemplo es inútil con esa gente. Su visión mental no alcanza más allá del pequeño círculo del Yo. No avanzan como pueblo y desaparecen de la Historia como individuos, dejando casi ninguna huella que permita identificar su previa existencia.

Walker imaginaba una incontenible oleada anglosajona arrojando al pueblo mestizo nicaragüense, condenado a desaparecer de la Historia —extinguido para siempre, “copo de nieve en el río”. La ilusión de Walker era el epitome exacto del Destino Manifiesto y él, el Predestinado de los Ojos Grises, se veía a sí mismo como el paladín y la personificación de la superioridad racial de su patria. Por lo tanto, confiaba en el apoyo de sus compatriotas. Creía que Morgan y Garrison por fin habían puesto suficientes vapores en la línea para que sus agentes en Nueva York, Nueva Orleans y San Francisco le enviaran grandes cantidades de reclutas y pertrechos. Sabía que cuando el *Tennessee* zarpó de Nueva York lleno de filibusteros en septiembre, lo hizo con la bandera de Nicaragua ondeando en el mástil, entre los aplausos y vivas de una muchedumbre de simpatizantes en el muelle. En el siguiente viaje, el 6 de octubre, el *Tennessee* zarpó de Nueva York con ochenta “colonos” para Nicaragua —sesenta de ellos reclutas para el ejército de Walker, al mando de cierto Charles Frederick Henningsen, llevando además abundantes armas y municiones.

Estos soldados y pertrechos llegaron a Granada en *La Virgen* el sábado 18 de octubre en la noche. El domingo en la mañana, Walker dictó la Orden General No. 196, nombrando Brigadier General del Ejército a Henningsen y dándole el mando del Arsenal y la Artillería. En Nueva York, en esa época, Charles Frederick Henningsen era considerado “un soldado profesional a toda prueba —un verdadero veterano ... por mucho el más eminente de cuantos han figurado en la lucha en Nicaragua ... uno de los más grandes generales de la época, un auténtico genio”.

Henningsen nació en Bruselas, Bélgica, el 21 de febrero de 1815, se educó en Inglaterra, y antes de cumplir los 20 años era ya Capitán de Lanceros y edecán del general Tomás de Zumalacárregui del ejército carlista en la guerra de sucesión española en la que ascendió a Coronel y recibió los títulos de Caballero de San Fernando y Caballero de Isabel la Católica. Enseguida prestó servicio en

Circasia bajo el profeta revolucionario Shamyly contra los rusos, pasó al Asia Menor y regresó a Europa a luchar con los húngaros contra Austria. En 1851 emigró a los Estados Unidos acompañando como secretario confidencial al derrotado líder revolucionario húngaro Lajos Kossuth. Henningsen era además un consumado escritor, habiendo publicado más de una docena de libros sobre temas sociales, culturales, militares y políticos de los diversos países que visitó; sus observaciones son valiosas y amenas; algunas de sus obras tuvieron varias ediciones y se tradujeron del inglés a otros idiomas.

A su arribo en los Estados Unidos, se hizo ciudadano norteamericano y se integró a la aristocracia sureña: contrajo nupcias con una viuda rica, sobrina de un destacado senador demócrata de Georgia, y radicó en Nueva York, donde dedicó los ratos de ocio a escribir y a reformar armas de fuego para mejorarlas: esta última actividad lo hizo buen amigo del célebre capitalista y magnate naviero George Law, líder del partido político Know-Nothing y aspirante a la presidencia de los Estados Unidos. Ya antes Henningsen había experimentado con el fusil de aguja prusiano y los cohetes Hale en Inglaterra. Así, cuando Law compró 150,000 fusiles viejos del ejército de Estados Unidos y en 1852 ofreció venderle algunos a Kossuth, Henningsen se encargó de convertirlos en rifles Minié —los primeros Miniés producidos en Estados Unidos.

En septiembre de 1856, los partidarios de Walker como Soulé, Heiss, Oaksmith y Cazneau sintieron la necesidad de un militar experimentado que ayudara a ganar la guerra que a sus ojos tomaba proporciones serias. Autorizado por Walker, Soulé le hizo ofertas muy halagüeñas al mayor Pierre Gustave Toutant Beauregard, profesional de West Point con una brillante hoja de servicios en la Guerra de México (y luego distinguido General sureño en la Guerra de Secesión), quien en 1856 se aburría en la monótona y poco lucrativa rutina de recaudador de aduanas en Nueva Orleans. A Beauregard le gustó la propuesta de Walker, por lo que formalmente solicitó el permiso de su superior en Washington para ausentarse:

Considero la empresa de Walker noble y gloriosa: la de establecer el espíritu y las bendiciones de nuestras Instituciones sobre ese desdichado país, y el dominio y la supremacía de la raza anglosajona sobre esa mísera y degradada casta mestiza de españoles e indios. De no hacerlo él, otro lo hará, pues es mera cuestión de tiempo —del destino manifiesto— así como es seguro y cierto que el progreso de la civilización en la América del Norte aniquilará a la raza indígena —la cual, en un futuro no muy lejano, será relegada a las leyendas de dudoso valor histórico.

Pero el convenio de Beauregard con Walker se frustró por los

atrasos debidos al deficiente servicio de vapores en San Juan del Norte: sólo hasta mediados de octubre regresó Soulé de Nicaragua a Nueva Orleans por la tortuosa ruta vía Aspinwall y la Habana, y cuando Beauregard estuvo listo para unirse a Walker ya no lo necesitaban porque para entonces otros precavidos amigos de Walker, como Cazneau y Heiss, ya le habían hablado a Henningsen en Nueva York; puesto de acuerdo, éste aceptó ir a Nicaragua bajo ciertas condiciones, y zarpó hacia San Juan del Norte.

Además de su pericia militar, Henningsen le llevó a Walker centenares de rifles Minié y otras armas y municiones, cuyo valor se dijo ascendía a treinta mil dólares, suministrados por su esposa y por George Law. En realidad, los pertrechos eran dados en pago de valiosas tierras nicaragüenses que los agentes de Walker le “vendieron” en Nueva York a Henningsen. Una vez en Granada, éste se vio obligado a deferir por tiempo indefinido la toma de posesión de “su” hacienda; tuvo primero que ayudarle a Walker a guerrear contra la “mísera y degradada casta mestiza de españoles e indios” que eran los dueños legítimos y deseaban conservarla.

El 25 de octubre, Walker supo que los aliados habían fusilado en forma sumaria el 13 de octubre al coronel Lainé, tras capturarlo cerca de la laguna de Apoyo. De inmediato emitió la Orden General No. 202, refiriendo “la ejecución del patriota cubano”, para concluir:

1. ...Permitamos, soldados, que los sentimientos de justicia y la grandeza de la causa en que nos hemos comprometido, nos den el valor necesario para cumplir la tarea que se nos presenta. Recuerden que sufren y luchan para redimir de gobiernos bárbaros y de salvajes despotismos a una de las tierras más bellas que existen. Por una causa como ésta, ¿no están anuentes a soportar unos cuantos días de privaciones y fatigas? ¿Quién es aquél que no tolera unos pocos sufrimientos y peligros a cambio de inscribir su nombre en los anales de los benefactores de la raza?

2. En vista de que el teniente coronel F. A. Lainé, edecán del Comandante en Jefe, fue bárbaramente asesinado por el enemigo sin antes proponer un canje de prisioneros, se ordena que el teniente coronel Brígido Valderraman *[sic]* y el capitán Bernardo Allende, sean fusilados el día de hoy a las cinco de la tarde en la plaza de esta ciudad.

3. El brigadier general Fry se encargará de ejecutar esta sentencia.

A la hora señalada, los dos militares guatemaltecos Valderrama y Allende fueron fusilados en presencia de varios batallones de sol-

dados y una gran concurrencia de ciudadanos. En el patíbulo no aceptaron el asiento y la venda, que prescribe la costumbre, se despidieron abrazándose y permanecieron juntos de pie contra el paredón; miraron de frente sin pestañear a los rifles que les apuntaban y cayeron sin proferir una queja. (Lainé, a su vez, murió diciendo estas palabras: “Los hombres mueren, las ideas quedan”; la idea preciosa que Lainé tenía en mente era la independencia de Cuba, la idea fija en la mente de Walker era su imperio sureño).

Aunque empujado por los aliados a Granada, Walker creyó que era simple cuestión de tiempo el cumplir la tarea que se le presentaba. La Historia —el destino manifiesto de la raza anglosajona— estaba de su parte. Además, después de largos atrasos, su plan continuaba funcionando: en octubre de 1856, los agentes de la “Nicaragua Emigration Company” en Nueva York, Nueva Orleans y otras ciudades enrolaban compañías enteras de emigrantes, otorgándoles concesiones de tierras en Nicaragua, y enseguida la “Nicaragua Transportation Company” de Morgan & Garrison daba pasaje gratis en sus vapores a cada emigrante que le transfiriera a la compañía naviera cien acres de tierra de su concesión. En los ojos de Walker, la oleada de blancos que caía sobre Nicaragua era incontenible.

En Nueva Orleans el 23 de octubre los “Jacques Guards”, un cuerpo compacto de sureños robustos y sanos, desfilaron con banda de música por las calles al partir a Nicaragua y zarparon el 27 para San Juan del Norte en el *Tennessee*: 372 reclutas organizados en seis compañías al mando del coronel John A. Jacques, y otros 100 emigrantes.

En Granada, Henningsen entrenó una brigada de artilleros con los morteros y obuses e instruyó a los soldados en el uso del rifle Minié mientras Walker aguardaba el arribo de más reclutas de Estados Unidos para marchar sobre Masaya y León. Para asegurarse un suministro constante de carne de cañón, Walker nombró al coronel E.J.C. Kewen “Comisionado para la zona suroeste de los Estados Unidos” y junto con él al coronel Fisher como “agente especial”. El tercer miembro del trío Know-Nothing, Parker H. French, expulsado de Nicaragua por Walker, andaba entonces en otros negocios: una sociedad anónima en Illinois para la compraventa de bienes raíces en Watab, Minnesota.

El 29 de octubre, el “Presidente” Walker nombró a don Fermín Ferrer (la mitad de su gabinete), “Ministro Plenipotenciario de la República de Nicaragua cerca de los Estados Unidos”; la otra mitad, su Ministro de la Guerra “el Señor Jeneral Don Mateo Pineda”, se convirtió entonces en el gabinete entero con el título de “Ministro Jeneral”.

El Ministro norteamericano John H. Wheeler viajó con Ferrer a

Washington. Antes de partir, recabó testimonios sobre los asesinatos de civiles norteamericanos el 13 de octubre por las fuerzas aliadas en Granada y envió la documentación al Departamento de Estado el 1 de noviembre; en su último despacho de Nicaragua le informa al secretario de estado Marcy que durante el ataque aliado: “Tanto la bandera de la Legación como la puerta de la Legación recibieron numerosos impactos de bala, y de las pruebas se deduce con certeza que si los aliados toman control total de Granada, ni la bandera de los Estados Unidos ni la inmunidad diplomática hubieran impedido que yo corriera la misma suerte de nuestros inocentes compatriotas”. Punto y seguido, Wheeler agregó que los aliados eran “confortados por la presencia de una gran fuerza naval británica en esta costa” y enumeró los siete barcos de guerra ingleses —226 cañones— surtos en la bahía de San Juan del Norte. Ahí mismo le comunica a Marcy que “Una fuerza de 300 nativos se disponía a atacar a los pasajeros de California que recientemente desembarcaron en San Juan del Sur. Sin duda alguna los hubieran atacado, repitiéndose las escenas de asesinatos y saqueos del año pasado, de no haber sido por un destacamento de caballería enviado por el general Walker, que atemorizó a los nativos y protegió las vidas de nuestros compatriotas y la seguridad del Tesoro”.

Wheeler y otros pasajeros zarparon de Granada en *La Virgen* el 1 de noviembre a medianoche. El brigadier general Hornsby con 150 soldados —el destacamento de caballería enviado por el general Walker para atemorizar a los nativos— viajaron con Wheeler a *La Virgen*. El 2 de noviembre el *Sierra Nevada* llegó de San Francisco a San Juan del Sur, los pasajeros de California cruzaron el camino del Tránsito y *La Virgen* los llevó al río San Juan. Wheeler y Ferrer abordaron el *Texas* en San Juan del Norte el 4, rumbo a Nueva York. Kewen y Fisher zarparon para Nueva Orleans, en el *Tennessee*, el 5; ese día, *La Virgen* desembarcó en Granada a los “Jacques Guards” de Nueva Orleans y una docena de reclutas de San Francisco; el 6, el *San Carlos* desembarcó 130 reclutas e inmigrantes de Nueva York. En total, dichos barcos llevaron a Granada 500 soldados además de grandes cantidades de armas y municiones para el ejército de Walker.

A principios de noviembre de 1856 Walker contaba en su ejército 2,000 combatientes incluyendo los recién llegados. Ya estaba entonces listo para marchar sobre Masaya y León, mas de pronto tuvo que defender su cordón umbilical cuando el 7 de noviembre las reorganizadas fuerzas costarricenses ocuparon San Juan del Sur por sorpresa.

20. Masaya

AL RECIBIR la noticia de que Belloso marchaba de León hacia Granada, el Congreso costarricense le autorizó el 10 de octubre al Presidente Mora el reanudar la guerra contra Walker, ahora en unión con los aliados centroamericanos. Pocos días más tarde, al saber que Belloso había entrado en Masaya, Mora le ordenó a Cañas que avanzara con sus tropas de Liberia sobre Nicaragua. Simultáneamente, Belloso envió al coronel Félix Ramírez con 300 leoneses de Masaya a Rivas, para distraer la atención de Walker y reforzar a Cañas; Ramírez ocupó Rivas el 30 de octubre tras una ligera escaramuza con el resguardo filibustero. Al saber Walker la ocupación de Rivas por Ramírez, el primero de noviembre a medianoche envió a Hornsby con 150 hombres a proteger la vía del Tránsito. Al siguiente día, 2 de noviembre, y sin que los filibusteros se dieran cuenta, la vanguardia de Cañas salió de Liberia hacia San Juan del Sur.

La columna de Cañas constaba de 300 hombres, en su mayoría nicaragüenses exiliados y liberianos; el segundo al mando, el coronel Manuel del Bosque, ya había derrotado a Walker en la primera batalla de Rivas de junio del 55, y el capitán de la Compañía A, Roman Rivas, el hijo mayor del Presidente Rivas, jefecó la insurrección contra Walker en diciembre del mismo año.

Cañas ocupó San Juan del Sur el 7 y fue reforzado por Ramírez, de Rivas, mientras las fuerzas de Hornsby se hallaban aún en La Virgen; el *San Carlos* llevó la noticia a Granada a las cinco de la mañana del 9, y esa misma noche estaba de regreso en La Virgen con el coronel E. J. Sanders al frente de 150 hombres y un obús. Hornsby y Sanders avanzaron sobre el camino del Tránsito el 10 de noviembre al amanecer. Cañas los esperó en una colina cerca de la Casa del Medio Camino y a las 7 de la mañana comenzó la batalla. En *El Nicaraguense*, los norteamericanos destrozaron al enemigo: mataron por lo menos setenta, sufriendo solamente dos muertos y once heridos. No obstante, Cañas retuvo la posesión de la colina y “el general Hornsby decidió replegarse a La Virgen”. Dejando a los soldados bajo el mando de Sanders, Hornsby se fue sin perder tiempo en el vapor en busca de refuerzos a Granada. A las 4:30 P.M. del 11, el barco estaba de regreso en La Virgen, con Walker, Henningsen, 250 rifles, otro obús, un mortero y un pelotón de zapadores y minadores. Con Walker a la cabeza, los filibusteros marcharon durante la noche hasta la Casa del Medio Camino, adonde llegaron un poco antes del alba del 12. La batalla en la colina comenzó al amanecer; duró varias horas y terminó con una victoria para Walker: a las diez

de la mañana Cañas empezó a retirarse en orden hacia San Juan y al mediodía torció de pronto por el camino de la costa hacia Rivas.

El ejército filibustero regresó de San Juan del Sur a La Virgen el 13. Dejando al coronel Markham con el Primer Batallón de Infantería —175 hombres— en La Virgen, Walker se llevó los restantes 300 hombres en el *San Carlos* y desembarcó con ellos en Granada en la madrugada del 14. Sin dilación, el 15 marchó de nuevo, con unos 600 hombres, a atacar a Belloso en Masaya.

La fuerza aliada en Masaya constaba de más de 3,000 efectivos. Jerez acababa de salir con 300 leoneses a reforzar a Cañas en Rivas, pero Zavala y Estrada, que habían estado en Diriomo y Niquinohomo, se encontraban en Masaya. Martínez había llegado del Norte vía Tipitapa y Nindirí con un nuevo contingente de su Ejército del Setentrión de 700 voluntarios, y también arribaban tropas frescas de El Salvador y Guatemala.

Don Dámaso Sousa había enviado el 14 razón a Belloso sobre el movimiento de Walker, y Belloso se preparó a repeler el ataque. La situación de Walker empeoró cuando en el camino a Masaya le informaron que Jerez marchaba hacia Rivas con 700 u 800 hombres, cifra muy exagerada. Temiendo perder su cordón umbilical, de inmediato ordenó al coronel Jacques regresar a Granada con el Segundo Batallón de Infantería —250 hombres— y proseguir en un vapor a La Virgen, apresurándose a reforzar al Primer Batallón de Infantería de Markham para defender la vital vía del Tránsito. En esa forma, Walker redujo su propia fuerza a menos de 400 hombres. Temiendo otro ataque por sorpresa a Granada (como el anterior), Walker ya había dejado ahí una fuerte guarnición: 450 soldados, además de un Cuerpo de Voluntarios civiles al mando del brigadier general Fry.

En las afueras de Masaya, el camino de Granada se sume en una encajonada, bordeada a ambos lados por ranchos de paja y platanares. A las 5 P.M., al pasar el ejército de Walker entre esos paredones, los aliados emboscados tras cercas y matas abrieron fuego sobre los invasores y dio comienzo la segunda batalla de Masaya, decisiva en el destino del filibustero. Antes de suspenderse el combate por la oscuridad, los norteamericanos tuvieron diez muertos y cuarenta y cinco heridos. Los aliados se replegaron al interior de la ciudad durante la noche. Al amanecer el 16 de noviembre, Walker atacó y tomó la iglesia de San Sebastián, la que Belloso decidió no defender. Los zapadores enseguida comenzaron a abrirse paso por dentro de las casas a ambos lados de la calle que conduce a la esquina sureste de la plaza principal; también usaron los boquetes abiertos durante el ataque del 12 de octubre en las paredes de adobes de

las casas en la calle paralela, la Calle Real.

Belloso trató de cercar a Walker: envió una división guatemalteca a atacar su retaguardia, tropas nicaragüenses a embestir el flanco derecho trabando pelea con el invasor, y a sus propios salvadoreños caer sobre el flanco izquierdo; pero estos últimos no acudieron al punto designado y los guatemaltecos y legitimistas se vieron obligados a retirarse. Tras pegarle fuego a la iglesia de San Sebastián, en Monimbó, y a la de Santiago, sobre la misma Calle Real, Walker incendió todas las casas que iba dejando en su avance, so pretexto de protegerse la retaguardia.

La batalla continuó en forma similar durante tres días, cada vez más cerca de la Parroquia. Los aliados habían fortificado y reforzado todos los puntos posibles de defender; por lo tanto, los norteamericanos tuvieron que luchar pulgada por pulgada, pared por pared y calle por calle. Para el 18, Walker había incendiado todo el sector Sur de Masaya hasta llegar a la última cuadra junto a la plaza principal, pero ya no pudo avanzar más ni vencer la resistencia centroamericana. En sus propias palabras: “Los efectos de tres días de trabajos y luchas se veían en la lasitud de los hombres y la casi imposibilidad de hacer que los centinelas cumplieran con su deber”; tampoco contaba con los morteros y obuses de Henningsen, debido a detonantes defectuosos y escasez de municiones.

Al caer la noche del 18, Walker ordenó la retirada de su ejército, dejando tras sí sólo desolación total y destruida la parte más extensa y valiosa de Masaya, la primera ciudad y las primeras iglesias en arder bajo la tea filibustera. Al pasar su tropa por las huertas y platanares donde comenzó la batalla, muchos cadáveres continuaban sin enterrar. El hedor era insoportable y se percibía a diez kilómetros. Walker dejó muchos muertos desparramados en el campo y se llevó numerosos heridos.

Amaneciendo el 19, los soldados aliados irrumpieron en las últimas casas que ocupara Walker y mataron a varios filibusteros dormidos que no oyeron la orden de retirarse. Cuando los aliados intentaron perseguir a los filibusteros, ya éstos se encontraban en Granada. Belloso reportó 150 norteamericanos muertos y numerosos heridos, contra 46 aliados muertos y 90 heridos. En *La Guerra*, Walker admite 100 bajas, pero en *El Nicaraguense* sólo tres norteamericanos murieron en los tres días de combates dentro de Masaya. De creer al periódico de Walker, el 19 los norteamericanos retornaron a Granada en triunfo con la banda tocando alegres marchas marciales, las banderas ondeando victoriosas al frente y los soldados con el ánimo por supuesto muy en alto...

En su editorial sobre “Nuestras últimas batallas”, Walker se po-

ne a sí mismo sobre los generales rusos, franceses e ingleses en la Guerra de la Crimea; sobre el general Taylor en la Guerra de México y sobre Napoleón, asegurando confiado: “No está lejos el día en que las últimas acciones de los americanos en este país se señalarán como superiores a Buenavista, ó Alma, ó Inkerman, é igualadas solamente por la defensa de Leónidas, con sus trescientos espartanos contra las huestes de Jerjes, ó por otros de los más notables hechos de armas de los tiempos antiguos ó modernos ... que colocará últimamente al general Walker, á la cabeza de los hombres más valientes del mundo”. Este editorial vino a ser el último editorial de Walker y el último número de *El Nicaraguense* pues se publicó el 22 de noviembre de 1856, el día que quemó Granada, y resultó un final apropiado para los anales del megalómano Predestinado de los Ojos Grises, copado en la capital de Nicaragua y reducido a resistir y medrar en la Ruta del Tránsito.

En las palabras de un testigo norteamericano: El 19 de noviembre de 1856, los restos de los rifleros de Walker, tras sufrir fuertes pérdidas en su segunda derrota en Masaya, retornaron silenciosos a Granada, “los cansados a descansar y los heridos a morir”. El hospital se atestó de enfermos y moribundos; las provisiones escaseaban cada vez más y los soldados apenas conseguían algo de comer; los enfermeros del hospital que no acompañaron a la tropa, estaban enfermos y las defunciones sumaban de diez a quince diario —tasa de mortandad que en dos meses habría destruido al ejército.

* * *

LOS DOS ATAQUES de Walker a Masaya en octubre y noviembre convierten en una sola la Batalla por Masaya, crucial en el curso de la guerra y fatídica como derrota (pese a las disensiones de los generales aliados) para el “rey de los filibusteros”, quien en adelante actúa a la defensiva, evacuando e incendiando una Granada víctima del saqueo y la rapiña, y fortificándose luego en Rivas para asegurar el flujo de refuerzos por la Ruta del Tránsito como único recurso de volver a tomar la iniciativa; pero cada paso que dé después de Masaya, será en retirada.

Los dos vapores estaban entonces en Granada. Uno, el *San Carlos*, había regresado de La Virgen, tras haber llevado ahí el 15 al Segundo Batallón de Infantería de Jacques, y el otro, *La Virgen*, había regresado a su vez de Chontales tras haber llevado ahí una partida de batidores de Kissane en busca de ganado. (Al intentar desembarcar en San Ubaldó, los batidores fueron atacados por más de cien nativos armados en tierra y tuvieron suerte de escapar con las

manos vacías y con sólo dos filibusteros heridos de muerte).

Sin suficientes alimentos y con numerosos enfermos en la capital, a pocos kilómetros de los aliados y seriamente amenazado en Rivas, Walker decidió abandonar el Departamento Oriental para sostenerse en su cordón umbilical del Tránsito. El 19 ordenó la evacuación de Granada. El 20, más de 200 pacientes hospitalizados llenaron las dos cubiertas de *La Virgen*; a medianoche, Walker y su Estado Mayor zarparon con ellos para La Virgen. Henningsen se quedó atrás para asistir a Fry, comandante de la ciudad, en las tareas de la evacuación. Walker desembarcó en La Virgen el 21 al amanecer; los enfermos y heridos y la carga continuaron en el vapor a Moyogalpa; los nativos huyeron al verlos llegar y los norteamericanos ocuparon el pueblo. A medianoche *La Virgen* iba de regreso a Granada con William Kissane Rogers a bordo. Kissane llevaba una orden de Walker para que Henningsen quemara y destruyera Granada.

Walker supo escoger, pues Kissane había estado en prisión en Sing Sing y tenía un largo historial de incendiario, habiendo sido acusado de pegar fuegos en Ohio y Arkansas (véase p. 98). Kissane desembarcó en Granada el 22 al amanecer y le entregó la orden a Henningsen; éste inmediatamente lanzó una proclama previniendo a los moradores que desocuparan pronto todos los hogares y edificios públicos porque en pocas horas serían pasto de las llamas. Los filibusteros ese día cargaron todas las pertenencias personales y gubernamentales que pudieron en el *San Carlos*. Los pasajeros, en su mayoría mujeres y niños, abordaron el barco. Por la noche, acatando las órdenes de Walker, el brigadier general Fry zarpó con ellos a La Virgen, dejando el mando de la ciudad y la fuerza en Granada a Henningsen, quien asignó tropas a diversas calles, con órdenes de incendiar la ciudad en cuanto él diera la señal; concedió a todos sus hombres libertad para saquear y llevarse cuanto pudieran acarrear en el vapor.

A eso de medianoche, el estampido del viejo cañón colonial de veinticuatro libras, de bronce español fundido en Barcelona anunció desde el muelle el inicio del incendio. El *San Carlos* se alejó a la 1:30 A.M. del 23 de la ciudad condenada a las llamas, y a su arribo a La Virgen el brigadier general Fry le llevó a Walker la noticia de la destrucción total de Granada. Walker le ordenó a Fry que condujera mujeres y niños a Ometepe y que enseguida el *San Carlos* regresara a Granada a evacuar, junto con *La Virgen*, al resto de los residentes.

Walker esperó a Henningsen antes de seguir sobre Rivas, su próxima nueva capital, entonces ocupada por Cañas y Jerez. Mas el presidente Mora estaba reforzando a Cañas con intenciones de rete-

ner el camino del Tránsito en manos costarricenses. El 1 de noviembre había emitido el “Decreto No. 9, declarando bloqueado el Puerto de San Juan del Sur y prohibida la navegación del río San Juan, mientras duren las hostilidades contra los agresores de Centro América”, y desde 20 de octubre su gobierno había adquirido en Puntarenas el bergantín *Dover* de 167 toneladas, bautizándolo *Once de Abril* y dotándolo de cuatro cañones de a nueve libras.

Al recibir la noticia de que Cañas había entrado en San Juan del Sur el 7 de noviembre, el bergantín zarpó el 11 de Puntarenas para San Juan, con pertrechos para Cañas, además de siete oficiales, veintisiete marinos, ochenta y nueve soldados, un capellán y un carpintero, para un total de 125 hombres. El capitán, Antonio Valle Riestra, tenía órdenes de posesionarse del puerto y capturar toda embarcación que navegara bajo la bandera de Walker.

Cuando el *Once de Abril* arribó a San Juan del Sur, el 23 de noviembre, los filibusteros eran dueños del puerto con la goleta *Granada*, de 65 toneladas, dos cañones de seis libras, 180 balas y veinticuatro marineros, surta en la bahía. A las 4 P.M., la goleta levó anclas y salió al encuentro del bergantín; a las 5:45, éste izó la bandera costarricense; a las 6 P.M. comenzó la batalla, a 400 metros de distancia, y a las 8 P.M., una bala del *Granada* dio en la santabárbara del *Once de Abril*, causándole una explosión que en el acto mató a la mayoría de los tripulantes. El teniente Callender Irvine Fayssoux, comandante del *Granada*, envió una lancha a rescatar a los sobrevivientes —cuarenta y un naufragos del bergantín, muchos de ellos con extensas quemaduras; por lo menos once fallecieron, subiendo el total de muertos costarricenses a unos noventa y cinco. El *Granada* sufrió sólo dos muertos y siete heridos.

Veintinueve sobrevivientes aptos para viajar fueron llevados prisioneros a La Virgen el 24. Veintiséis de ellos firmaron, o simplemente marcaron una cruz junto a su nombre, una carta de agradecimiento a Fayssoux el 25. Walker en persona los interrogó ese día, liberando casi a todos, menos a Federico Martínez, segundo en el mando, y a otros cuatro. En las propias palabras de Walker: “Los prisioneros que podían caminar fueron pronto liberados, y se les suministraron pasaportes para viajar a Costa Rica. Cuando llegaron a sus hogares, su testimonio sirvió de mucho para corregir los prejuicios que los Moras habían suscitado contra los americanos”.

El “Federico Martínez” que Walker retuvo en prisión en La Virgen era en realidad “el sargento mayor don Federico Maheit”, artillero italiano del ejército costarricense. Aunque se cambió el nombre a “Martínez” después de la batalla, Walker descubrió su verdadera identidad y lo retuvo cautivo. De haber hundido Maheit al *Granada*

el 23 de noviembre con los cañones de a nueve libras del *Once de Abril*, habría acortado la guerra. En dicha fecha, las tropas de Walker en La Virgen estaban desorganizadas al extremo. Si el bergantín costarricense gana el control de la bahía de San Juan del Sur, Cañas y Jerez, reforzados desde Puntarenas, avanzan desde Rivas a bloquear el camino del Tránsito; y ello hubiera inclinado la balanza contra Walker en un momento crítico para él.

Walker se hallaba, pues, en deuda con Fayssoux. El 24 de noviembre le transmitió “las gracias de todo el ejército” y lo ascendió a Capitán. El 25, le envió “las gracias de la República” y le donó una valiosa hacienda en el Departamento Meridional, El Rosario, que Kissane confiscara al rivense don José Antonio López, su legítimo dueño nicaragüense. El Rosario tenía 20,000 árboles de cacao y una buena casa a sólo tres kilómetros de Rivas. De nada le sirvió a Fayssoux esta prebenda ilegítima de su “presidente”, pues el curso de los eventos le impidió tomarse siquiera una taza de buen chocolate en “su” finca.



Retirada de tropas filibusteras de Masaya,
el 19 de noviembre de 1856.

21. “Aquí fue Granada”

HENNINGSSEN QUEMÓ a Granada de los suburbios hacia la plaza. Le asignó un sector a cada compañía de soldados: los capitanes Dolan, McChesney, Ewbanks, Johnson y O'Reagan llevaron a sus hombres hasta los límites de la ciudad y prendieron fuego a las chozas de paja, casas de adobe e iglesias a ambos lados de las calles al avanzar hacia el centro. Temiendo un ataque aliado el 23 de noviembre, Henningsen construyó dos líneas de barricadas dentro del perímetro pasto de las llamas. En el proceso de incendiar, los filibusteros saquearon, y al encontrarse con grandes bodegas de vinos y brandies, se entregaron todos a una borrachera salvaje. Walker con llaneza llamó a las escenas que se sucedieron, “una desenfrenada bacanal”. Testigos nicaragüenses describen los detalles:

Las más desenfrenadas orgías que el furor de la embriaguez pudiera concebir, se establecieron entonces en las calles de la incendiada ciudad. Los ciudadanos nativos mientras se llevaban de sus casas los pocos intereses que la tiranía y la opresión de Guillermito Walker les dejaran, eran cruelmente asesinados en las calles, e inhumanamente se les decía, cuando estaban moribundos: “Malditos sean ustedes, nosotros hemos venido aquí por dinero y lo tendremos”; y mientras que el terror hacía temblar a los habitantes que corrían de sus arruinados techos; mientras que los gritos de algunas mugeres violadas, lanzados desde una habitación de adentro, eran contestados por las obscenas risotadas de los que estaban afuera; mientras que la plaza estaba amontonada de mugeres y niños, unos pidiendo protección a Dios, otros echando maldiciones sobre sus despojadores, y otros apareciendo como monumentos silenciosos y mudos de desesperada desconfianza, un extraño espectáculo salía de la puerta de la grande iglesia parroquial, entretanto que sus techos se encendían en llamas. La imagen de nuestro Salvador representando su Pasión en el Huerto de Getsemaní, fue llevada de los portales de la iglesia, en hombros de cuatro borrachos discípulos del “Grande Apóstol”. Detrás de esta sagrada imagen seguía una confusa turba, unos adornados con las vestiduras sacerdotales de los santos padres, mientras que otros cubiertos con las suntuosas capas de seda y razo jiraban al rededor en fantásticas formas. Esta oprobiosa procesión se encaminó con burlesca solemnidad a la taberna conocida con el nombre de “Casa de Walker”, y allí en medio de los chillidos y gritos de risadas mofadoras, celebraron lo que ellos quisieron llamar

con espantosa burla "La última cena del Señor".

Los últimos nativos huyeron de la ciudad ese día en que la noticia se dio al mundo: "¡Granada ya no existe! Walker la incendió y redujo a cenizas el 22 al verse obligado a abandonarla. Las pobres familias nicaragüenses aterradas, sin abrigo, sin ropa y sin recursos vagan por los campos y las inmediaciones buscando protección y amparo". Don Dámaso Sousa y don Chico Bravo fueron a refugiarse a Masaya; don Chico cayó muerto de un balazo al azar en el camino, pero Sousa le dio a Belloso un informe detallado de la situación y el comandante aliado decidió atacar a Henningsen sin dilación.

El 24, a la madrugada, los ejércitos aliados salieron de Masaya y Diriomo, hacia Granada. Ese mismo día, lunes 24 de noviembre, Henningsen replegó sus líneas protegiendo la Plaza mientras incendiaba las manzanas aledañas y enviaba sus cuadrillas a pegarles fuego de nuevo a las casas distantes que sólo habían sido parcialmente consumidas. Al inspeccionar las barricadas, encontró muy deficientes las de la iglesia de Guadalupe, en el camino al lago, y a los soldados, de los capitanes Hesse y Green para abajo, todos borrachos. Ambos vapores esperaban otra vez en el muelle, todavía a medio cargar y dos cañones grandes sacados de la plaza se asoleaban todavía en la playa. Pero todos los objetos de plata de que Kissane despojó a las siete iglesias de Granada iban ya empacados a bordo del *La Virgen*, y el honorable *Confiscador General* de Walker "oficiaba" jocoso en otro espectáculo en la plaza. Según el capitán Horace Bell, (quien se encontraba en *La Virgen*, con Walker):

A eso de las nueve de la mañana se organizó una procesión, con el mencionado Ministro [Kissane] a la cabeza, integrada por alrededor de cincuenta oficiales ataviados con las vestimentas sacerdotales tomadas de las iglesias. Se adornó copiosamente un ataúd bajo el rótulo de 'Granada' y avanzó la procesión, con una imagen del Salvador adelante, seguida por el ataúd y los falsos sacerdotes. Desfilaron alrededor de la plaza en un rito impío, depositando finalmente el ataúd en una tumba excavada en el centro de la plaza sobre la que erigieron un inmenso letrero con la misma inscripción que los romanos dejaron en las ruinas al destruir Cartago: *¡Aquí fue Granada!* Al desbandarse del entierro de Granada, una descarga de fusilería recibió a los miembros de la perversa procesión. ¡Martínez los atacaba!

Las fuerzas aliadas de Martínez y Paredes aparecieron de pronto a las 2:30 P.M. al mismo tiempo en dos puntos: Martínez detrás del convento de San Francisco y Paredes, sobre la iglesia de Jalteva. Los rifleros de Henningsen los detuvieron en ambos frentes, pero

enseguida una tercera columna aliada atacó y capturó las barricadas en Guadalupe, y de un tajo cortó así la vía de acceso de Henningsen a los vapores. Martínez con sus nicaragüenses había avanzado por los alrededores al Norte de la ciudad, hacia el lago; Paredes, con sus guatemaltecos, por el costado Sur; enseguida ambos ejércitos convergieron paralelos a la costa del lago y ocuparon el suburbio oriental de Granada, desde la iglesia de Esquipulas hasta el muelle. Los vapores al instante se retiraron a dos kilómetros de la playa, fuera del alcance de la artillería aliada, dejando aislado al destacamento filibustero en el Fuertecito al pie del muelle, un antiguo fortín de la Colonia.

El martes 25, Henningsen erigió defensas adicionales al Este de la plaza y sobre la calle entre la Parroquia y Esquipulas, mientras los aliados ocupaban San Francisco tras encarnizados combates casa por casa. A las once de la mañana, el *La Virgen* zarpó para La Virgen con los pasajeros y la carga que tenía antes del ataque aliado; al amanecer del día siguiente estaba de vuelta frente a Granada, con Walker a bordo. El miércoles 26, Walker desde el vapor vio que la bandera de la estrella roja ondeaba aún en la Parroquia y que el humo de las casas en llamas seguía ascendiendo desde nuevas direcciones; se puso en contacto con los defensores del muelle, optimistas y confiados en sostener su posición. Reconfortado, Walker a las 2 PM. zarpó de regreso a La Virgen.

Henningsen replegó sus defensas presionado por los aliados, evacuando e incendiando todas las casas alrededor de la plaza con excepción del cuartel, la taberna "Casa de Walker", la iglesia parroquial y la imprenta de *El Nicaraguense*. Enseguida comenzó a moverse hacia el lago: después de tres asaltos capturó las ruinas de la iglesia de Esquipulas, pero los aliados resistieron su embestida a la de Guadalupe, infligiéndole fuertes pérdidas. Paredes capturó y ocupó el Fuertecito del muelle esa noche. Lanzó el ataque en la oscuridad, con éxito, ayudado por la información que le suministraron dos desertores. Seis cañonazos alternos de los campamentos guatemalteco y nicaragüense sirvieron de señal para coordinar el asalto. Al sexto retumbo, 200 soldados guatemaltecos abrieron fuego por delante mientras una lancha llena de tropa asaltaba por detrás. Tras un corto y encarnizado combate, la defensa se derrumbó: más de la mitad de los veintisiete defensores cayeron muertos; unos cuantos sobrevivientes saltaron al agua y los restantes se rindieron.

El jueves 27, en la madrugada, Henningsen evacuó a los enfermos y heridos a una casa cerca de Esquipulas y quemó los edificios que quedaban en la plaza. Colocó 200 libras de pólvora en la torre Norte de la Parroquia y le dio fuego a la nave de la iglesia y a las ca-

sas en ambos lados de la calle mientras se retiraba hacia el lago. En cuestión de minutos, los aliados entraron en la plaza y ocuparon las barricadas entre el cuartel en llamas y la iglesia; la torre minada explotó y les cayó encima.

Poco después del mediodía, Henningsen ocupó Guadalupe, abandonada por los aliados quienes, pensando que Henningsen ignoraba la toma del Fuertecito en el muelle, le dejaron libre la vía al lago; esperaban cogerlo entre dos fuegos en la playa y aniquilarlo al intentar abordar los vapores. La estrategia fracasó: uno de los defensores sobrevivientes escondido en la maleza, logró llegar al cuartel de Henningsen y le informó a tiempo de la pérdida del Fuertecito. Henningsen se detuvo en Guadalupe, pero le ordenó al mayor Henry avanzar y ocupar las dos últimas chozas en el camino, en los terrenos que bajan de la iglesia a la playa. Durante esa tarde y la noche, los aliados atacaron la posición de Henry y fueron rechazados varias veces; un cura nicaragüense a quien mataron, jefeó uno de los ataques. Sobre su cuerpo y demás cadáveres en un platanar cercano los filibusteros amontonaron la tierra que formó la primera barricada de las trincheras que llamaron "Fort Henry". Henningsen describe la escena macabra en su informe a Walker:

Después de entrar y encerrarnos en la iglesia de Guadalupe, nos encontramos con veinte cadáveres de zapadores y de la compañía de Green, sin enterrar; uno carbonizado y con las manos atadas por la espalda, que parecía ser el del capitán Hesse; diez o doce cadáveres insepultos y unas treinta tumbas del enemigo, cubiertas apenas con unas pocas pulgadas de tierra, todos ellos muertos en el ataque del día anterior. Varios de nuestros enfermos y heridos fallecieron.

Nuestras herramientas de excavación, es decir, cuatro picos y doce azadones, las usamos para enterrar a esos últimos y para construir las trincheras de Fort Henry, por lo que unos sesenta cadáveres en putrefacción junto a nosotros nos mantuvieron sumergidos en un hedor sumamente dañino y repulsivo. Teníamos harina suficiente para varios días y abundante café, e inmediatamente tuve necesidad de destazar nuestras mulas y caballos para consumirlos. Hoy (sábado) distribuimos las primeras raciones de carne de caballo.

El viernes 28, a eso de las 3 PM., los aliados enviaron bandera blanca de parlamento con una carta firmada por Paredes, Belloso, Martínez y Zavala en la que le decían a Henningsen que a Walker lo habían derrotado en Rivas y La Virgen y le recordaban que las tropas aliadas en la playa lo tenían aislado del vapor. Le pedían su rendición, ofreciéndoles plenas garantías a él y su gente: que sus vidas

serían respetadas como prisioneros de guerra; serían tratados bien y liberados, con pasaportes para regresar a sus casas. Un grupo de desertores filibusteros en el campamento aliado acompañó al portador, un desertor de apellido Price. Manteniéndolos a buena distancia de su campamento y amenazándolos con disparar si avanzaban otro paso, Henningsen escribió la siguiente respuesta, entre los gritos del grupo hostil afuera:

A Zavala, Belloso y los otros líderes rebeldes y piratas cuyos nombres no puedo perder tiempo en descifrar:

Señores —No tengo nada que hablar con quienes sé que mienten. Me duele que por el bien de la causa me vea obligado a ofrecerles, que respetaré sus vidas si deponen las armas en dos horas; si no, en menos de seis meses, en nombre del Gobierno que represento, los colgaré a todos en una horca del alto de la de Amán. Al traidor de Price lo dejaré detenido para fusilarlo, pero les envío un prisionero aliado que capturamos ayer.

C. F. HENNINGSSEN.

Actuando en nombre del Comandante-en-Jefe y Presidente de la República de Nicaragua.

Según narrara Henningsen a su jefe, con un toque de clarín les leyó a sus hombres en voz alta dicha respuesta, y “desperdielé dos descargas de valiosas municiones para enfatizar mi contestación, reforzadas por tres veces con tres vivas al general William Walker, que los soldados tradujeron en Uncle Billy”. Los aliados atacaron dos veces al atardecer, pero en ambas ocasiones fueron rechazados con pérdidas. El *San Carlos* partió esa noche de Granada para La Virgen, y a la una de la mañana del 29 le dio a Walker la noticia del avance de Henningsen hacia la costa. Walker de inmediato zarpó en *La Virgen*, y a las 7 A.M. estaba de regreso en Granada, observando las operaciones desde el barco. Podía ver claramente el campamento de Henningsen a unos 300 o 400 metros de la costa y presencié el nuevo ataque aliado del 30, por detrás y con todas sus fuerzas, mas sólo para ser rechazados, “sin duda con fuertes pérdidas, mientras en las barricadas nuestras tropas ondeaban su bandera en señal de la derrota del enemigo”.

El 1° de diciembre a la 1 P.M., Walker estaba de regreso en La Virgen, inspeccionando las defensas y preparándose para repeler un ataque aliado. Tenía 150 efectivos con que defender el punto; la otra mitad de la tropa, heridos y enfermos de fiebre, estaba en el hospital; las provisiones escaseaban; pero Cañas y Jerez no avanzaron desde sus trincheras en Rivas.

Esa noche los indios de Ometepe atacaron Moyogalpa. Más de

cien indios de la isla, capitaneados por el Cura Presbítero don Francisco Tijerino ("más soldado que sacerdote") y provistos de armas enviadas de Rivas por Cañas, irrumpieron en el pueblo en la oscuridad. Mujeres y niños huyeron en todas direcciones; los pacientes hospitalizados abarrotaban la iglesia. La guarnición filibustera contraatacó al amanecer, matando unos treinta isleños y desbandando a los restantes, sufriendo por su parte sólo dos norteamericanos muertos.

El 2 de diciembre en la mañana, Walker iba a bordo de *La Virgen*, rumbo a Granada, cuando encontró una lancha llena de hombres, mujeres y niños, a la deriva en el lago. Tras remolcarla de vuelta a Moyogalpa, y constatar la derrota de los nativos, arribó frente a Granada al atardecer y permaneció todo el día siguiente junto a la costa, viendo a Henningsen completar las líneas de trincheras de Fort Henry en el par de chozas cerca de un arroyo, a medio camino entre Guadalupe y el lago.

En la iglesia se había desatado una epidemia: treinta casos del cólera, de los que veinte murieron; Henningsen trasladó su artillería y los enfermos y heridos a donde tuvieran buen aire y agua, pero el cólera ya se había propagado al campamento aliado, causando la muerte del general Paredes. Los cadáveres guatemaltecos, tirados en el arroyo, incrementaron la peste. El ambiente estaba terriblemente contaminado; el hedor de los muertos en descomposición llegaba hasta la nave de Walker. Éste zarpó de Granada el 3 de diciembre a las 8 P.M.; deteniéndose un par de horas para cerciorarse de la situación en Moyogalpa, desembarcó en *La Virgen* el 4 al amanecer. El *Orizaba* había arribado a San Juan del Sur, y los pasajeros de California cruzaron el camino del Tránsito el día 3; a su posterior arribo en Nueva York, uno de los viajeros describió a los soldados de Walker en *La Virgen* como "el grupo de individuos más desgraciados, flacos y enfermos que jamás he visto en mi vida". En cuanto al jefe, un cirujano del ejército filibustero reveló que "Walker parece estar de buen humor, o, mejor dicho, uno no puede saber cómo está, pues siempre es frío como el hielo, sin sentir la pérdida ni de sus mejores amigos".

Las posibilidades de Walker mejoraron con el arribo de setenta reclutas de San Francisco en el *Orizaba*, treinta de Nueva York en el *Texas* y 250 de Nueva Orleans en el *Tennessee*: 350 soldados en buena salud, además de grandes cantidades de armas, municiones y provisiones. El 4 y 5 de diciembre movió su cuartel general a San Jorge: la mayoría de la tropa marchó por tierra; *La Virgen* trasladó desde *La Virgen* y Moyogalpa a los enfermos y heridos y la carga. A las 6 A.M. el 7 de diciembre, el *San Carlos* llegó a San Jorge con los

reclutas de Nueva Orleans; a las 6 P.M., *La Virgen* zarpó de San Jorge con el general Sanders y las tropas, rumbo a Granada y tras ponerse de leña en Ometepe, arribó frente al campamento de Henningsen el 8 de diciembre a las 10 P.M.

Henningsen había cavado una honda zanja conectando a Guadalupe con Fort Henry, y ambos bandos habían construido innumerables barricadas y trincheras. En continuas escaramuzas, avanzando pulgada por pulgada hacia la costa, los filibusteros levantaron una pequeña fortificación de tierra a cuarenta metros del lago, defendiendo su primera trinchera a menos de 200 metros al Sur del muelle. El 8 de diciembre, Zavala envió otra bandera blanca, invitando a Henningsen a parlamentar. La respuesta de Henningsen fue lacónica: “yo sólo parlamento por boca del cañón”.

Temprano en la mañana del 9 de diciembre, Sanders evaluó la situación desde el vapor; no logró comunicarse con la costa y a las 10 A.M. partió a informárselo a Walker en San Jorge. A las 8 de la mañana del 11 de diciembre *La Virgen* estaba de regreso en Granada, con Walker y sus tropas a bordo. Henningsen ya casi tocaba la costa, con dos líneas de barricadas aliadas cercándolo y separándolo. Ese día destazó su propio caballo así como el penúltimo perro del campamento, para comerlos. Sólo quedaban la mula del mayor Henry, el caballo del mayor Caycee y el caballo de Walker mismo, quien, durante el día y desde la nave estudió las defensas y tropas aliadas, manteniendo a su gente todo el tiempo oculta en el interior del barco. En la noche, *La Virgen*, con las luces encubiertas, pasó en sigilo a situarse a seis kilómetros al Norte de Granada, en el punto donde Walker desembarcó cuando tomó la ciudad un año antes. Entre las 9 y las 10, 170 hombres —la élite de los Batidores y las tropas frescas de Nueva Orleans— al mando del teniente coronel John P. Waters, desembarcaron bajo las balas de un piquete aliado, y antes de medianoche marchaban hacia Granada. A 800 metros encontraron y tomaron una barricada aliada, matando veinte nicaragüenses e hiriendo a cuarenta. Mataron unos cuantos más antes de llegar a las carboneras situadas mil metros al Norte del muelle. Allí los esperaba Martínez con 500 hombres, incluyendo 200 hondureños al mando del general Florencio Xatruch, que habían llegado a Granada pocas horas antes.

Los filibusteros los desbarataron: a la luz de la luna, los soldados aliados parecían temibles, pero los norteamericanos, vestidos de negro y disparando rifles y revólveres, superaban a los centroamericanos con ropa blanca y fusiles de piedra, a cuyo fogonazo se iluminaban todos, y aquéllos no perdían tiro. Continuando su avance, Waters se aproximó al cuartel general de Martínez en Las Pilitas,

en el extremo noreste de la ciudad. Viendo que las barricadas eran más fuertes que las que había ya pasado, las flanqueó a la derecha, pero Belloso había retirado sus fuerzas salvadoreñas e iba camino a Masaya. Martínez estaba casi ciego debido a la pelusa cáustica de pica-pica que le cayó sobre los ojos en las carboneras. No pudiendo controlar a sus hombres llenos de pavor, retrocedió a Jalteva, quedando la vía libre para que Waters se uniera a Henningsen y para que este último abordara el vapor. Como un último recurso, Martínez ordenó incendiar el muelle, buscando impedir que los filibusteros evacuaran la artillería de grueso calibre.

Poco después de las 5 A.M., el 12 de diciembre, Waters llegó a los fuertes Henningsen (Guadalupe) y Henry; *La Virgen* envió una lancha a la costa y comenzaron a embarcar. A las 5 A.M. del 13, todos los pertrechos y bagajes incluyendo artillería, y todos los soldados y civiles estaban a bordo y *La Virgen* se alejó de las ruinas de Granada. Al partir, Henningsen clavó en el suelo una lanza con la siguiente leyenda: "*Aquí fue Granada*" y en su informe a Walker anotó: "Usted me ordenó destruir Granada y evacuar de ahí todos los pertrechos, artillería, provisiones, soldados enfermos y familias americanas y nativas. Su orden se ha cumplido—Granada ha dejado de existir". Las crueles operaciones decretadas por el Predestinado de los Ojos Grises sobre la capital de Nicaragua habían llegado a su fin, pero dejaron impresiones indelebles que Kissane, el gran sacerdote de la neroniana orgía y entierro profano en la plaza reveló muchos años más tarde, en una carta a un amigo y colega filibustero:

Mi experiencia en el sitio de Granada retorna a mi mente sin cesar, y el horroroso hedor de los cadáveres a flor de tierra a pocos pasos de nuestro campamento, pues en la situación que estábamos no podíamos enterrarlos más hondo. El malolor en ese ambiente húmedo y cálido era insoportable. Hoy no me explico cómo pudimos aguantarlo durante esos 22 días. Fue un Infierno desde el principio hasta el fin; eso es todo lo que fue.

Waters en su informe mencionó 14 muertos y 30 heridos de los 170 hombres bajo su mando; y de los 419 bajo Henningsen cuando los aliados atacaron Granada el 24 de noviembre, 120 murieron del cólera morbo o de tífus, 110 fueron muertos o heridos en combate, cerca de 40 desertaron y 2 cayeron prisioneros.

Zavala puso las bajas norteamericanas en "370 muertos, desde el principio del sitio; causados tanto por nuestras balas como por la enfermedad. Han llevado heridos y enfermos en número considerable. Tengo una multitud de prisioneros; heridos unos y otros sanos, y he dado orden para que a todos se les trate con la benignidad a

que por su situación son acreedores”.

Henningsen informó que las fuerzas aliadas sumaban alrededor de 2,800 hombres, incluyendo los refuerzos, pero que sus efectivos nunca sobrepasaron los 1,200 a 1,500 hombres que tenían al comienzo del ataque y el día de la evacuación. Calculó las bajas aliadas en 200 muertos y 600 heridos, además de las fuertes pérdidas causadas por el cólera, la peste y las deserciones.

Los generales aliados Belloso, Zavala y Martínez, mandaron cada uno un informe separado al Ministro de la Guerra entre el 13 y el 15 de diciembre, pero ninguno sumó las bajas aliadas. Hasta el 6 de diciembre, Martínez había contado cuarenta y dos muertos y sesenta y cinco heridos en las fuerzas bajo su mando; tomando en cuenta las otras bajas aliadas hasta esa fecha y las subsiguientes, la cifra de Henningsen parece correcta.

* * *

POR SOBRE las bajas, los ejércitos aliados sufrieron una lamentable falta de unidad que los historiadores centroamericanos han señalado como la causa principal del fracaso en salvar a Granada y destruir ahí mismo la columna vertebral del ejército de Walker. Belloso, acusando de insubordinación a Zavala y Martínez, abandonó la lucha: el 12 de diciembre se retiró con su tropa salvadoreña a Masaya; el 13 llamó a Jerez de Rivas y le dijo a Cañas que se regresara a Costa Rica.

Cañas y Jerez evacuaron Rivas temprano en la mañana del 16, y juntos se unieron a Belloso en Masaya. Zavala se fue a Diriomo y Martínez se quedó en las ruinas de Granada para limpiar los escombros y organizar la administración local de la antigua capital legitimista.

Walker, Henningsen y Waters, tras tocar en Moyogalpa, desembarcaron en San Jorge a las 5 P.M. del 13. Al saber el retiro de Cañas y Jerez, el 16, Walker trasladó su cuartel general a Rivas. Ese día marchó con su ejército, banderas en alto, de San Jorge a Rivas, dejando sólo al Segundo Batallón de Infantería del coronel Jacques en el puerto lacustre.

22. Spencer

WILLIAM ROBERT Clifford Webster era un individuo que usaba diversos nombres y le contaba un historial diferente a quien iba conociendo. Para algunos era W. Clifford; para otros, W. R. C. Webster; o Simpson, o Waters, o Brown; u otro seudónimo. Para unos, era un comerciante ruso; para otros, un hombre de negocios en París; el dueño de minas de sal en Chester, Inglaterra, o de minas de cobre en Mentz; pero en todas partes, bajo cualquier nombre, tuvo fama de bribón, defraudador, estafador, falsificador y caballero de industria, para variar el ritmo de sus alias.

En mayo de 1856, viajó de filibustero en la *Minnie Shiffer* a Nicaragua. En Granada, dándose aires de diplomático, ofreció suplirle inmigrantes a Walker, mas éste desconfió de él y rechazó la oferta. Webster se fue de Granada a toda prisa, a punto de caer preso por haber estafado ya al Ministro Wheeler. Al cabo, durante su corta estadía en San Juan del Norte, dejó tras sí una impresión muy desfavorable. En agosto estaba en Nueva York, poniendo en ejecución un plan elaborado junto con un marinero de la Compañía del Tránsito en Nicaragua: Sylvanus M. Spencer, contraamaestre del *Machuca* en el río San Juan.

Spencer era un marino yanqui enérgico y astuto, de cuarenta años de edad, con acento bostoniano y lenguaje enfático, bien salpicado de adjetivos fuertes. En 1855 era contraamaestre del clíper norteamericano *Sea Witch*, en un viaje de Nueva York a Hong Kong, en busca de peones chinos para Panamá. El 5 de junio, en alta mar, murió asesinado el capitán del barco y a Spencer lo acusaron del crimen y lo juzgaron en la Corte Distrital Federal de Nueva York, pero por falta de pruebas el jurado lo sobreyó el 22 de diciembre de 1855. Entonces partió para Nicaragua, donde trabajó de estibador en San Juan del Norte y luego de contraamaestre en el vaporcito fluvial de ruedas *Machuca*.

Spencer después explicó que era dueño de \$40,000 en acciones de la Compañía del Tránsito, heredadas de un tío, y que Walker lo despojó de ese capital cuando anuló la concesión y confiscó los vapores. Sus conocimientos del río le permitieron idear un plan audaz para recuperar lo perdido y vengarse. Sin esperar más, volvió a Nueva York, se lo propuso a Vanderbilt y éste lo aceptó, así como así. El Comodoro se comprometió a sufragar los gastos y le aseguró que sus acciones recobrarían su valor con el exterminio de Walker. Total, que el 2 de octubre de 1856, en las oficinas de la Compañía

Accesoria del Tránsito en Nueva York, el presidente Cornelius Vanderbilt y el secretario Isaac C. Lea dieron poderes al capitán S. M. Spencer, “para que tome posesión de todos los vapores y demás bienes de esta Compañía en el Lago de Nicaragua, en el río San Juan y en los demás ríos tributarios, y que los retenga y guarde hasta que reciba nuevas instrucciones de esta Compañía”.

El plan de Spencer necesitaba la ayuda de Costa Rica, por lo que Vanderbilt lo puso en contacto con el Ministro costarricense en Washington, don Luis Molina. Para entonces, Míster Webster se había unido a Spencer, fraguando su propio gran plan y aprovechándose de futuro del marinero. Con la habilidad usual, Webster también consiguió de Molina una valiosa carta de introducción ante el Presidente Mora. Webster y Spencer, ya socios y compinches, viajaron juntos en un barco de Vanderbilt de Nueva York a Aspinwall, y, en un velero que fletaron en Panamá, a Puntarenas. Al arribo en San José, el 23 de noviembre de 1856, solicitaron y obtuvieron una entrevista con el Presidente Mora. Un súbdito inglés residente en Costa Rica, Mr. Young Anderson, sirvió de intérprete en las pláticas. Anderson quedó de secretario de Webster y después reveló los detalles de las negociaciones:

Webster ... dijo poseer grandes recursos pecuniarios en Inglaterra y Estados Unidos, y minas en Alemania; se jactó de conocer a Lord Clarendon; en confidencias, aparentó ser un agente confidencial, (anteriormente le había dicho a Mr. Perry, cónsul inglés en Panamá, que era agente secreto del gobierno británico,) y abordó al Presidente Mora con una propuesta misteriosa, diciendo que de ella dependían los intereses vitales, la existencia misma de Costa Rica. ... Le ofreció al Presidente un préstamo de \$800,000 (por un millón en bonos costarricenses al 7% al año) para expulsar a Walker de Nicaragua. Le dijo que él (Webster) y no Spencer (quien, sin embargo, era el que había sufragado los gastos del viaje desde Nueva York para negociar), había “urdido” el plan para capturar los vapores, por lo cual pedía \$125,000 de recompensa.

El Presidente Mora, sin pensarlo dos veces, le otorgó a Webster una concesión de la ruta del Tránsito de Nicaragua por 75 años. Webster consiguió “todo lo que quiso, en los términos que puso”, excepto por “un pequeño detalle”, que el Presidente exigió como condición esencial a la hora de firmar el contrato. Obligado por Mora, Webster le traspasó a una recién formada “Compañía de Transportes Terrestres” costarricense el privilegio exclusivo del tránsito por tierra entre el Lago de Nicaragua y el Océano Pacífico. Los accionistas costarricenses recibían ahí “el derecho a percibir durante

diez años, fuertes y altamente lucrativos peajes de la Compañía del Tránsito que formaría Webster”, y el Presidente Mora generoso le regaló a Anderson una acción de la nueva concesionaria.

Pero el préstamo a Costa Rica era un espejismo, ya que Webster nunca tuvo dinero propio. En San José vivió de los fondos que le prestaron diversas personas, engañadas por sus grandilocuentes garantías y promesas. Consiguió \$8,000 de un capitalista costarricense a través de una carta de crédito de Vanderbilt por \$100,000, que resultó ser falsificada. El Comodoro no sólo rehusó pagar la cuenta, sino que negó haber visto jamás a Webster; sostuvo que “no lo conocía ni deseaba conocer a ese pillo hijueputa”. (El muy pillo permanecía en San José para cosechar lo que el audaz pero crédulo Spencer sembraba).

Spencer, verdadero agente de Vanderbilt, tampoco tenía dinero que darle a Costa Rica. Lo que sí tenía era habilidad para capturar los vapores lacustres y fluviales, con lo que ganaría la guerra. El Presidente Mora aprobó al instante el plan de Spencer y puso en marcha su ejecución. Cuando firmó en San José el contrato de préstamo de un millón de dólares con Webster, el 4 de diciembre de 1856, la Columna de Vanguardia ya había salido de la capital para el río San Juan.

Las defensas de Walker en el río consistían en sesenta y cuatro soldados estacionados en dos puntos: veinticuatro hombres bajo el capitán Charles W. Kruger en el Fuerte San Carlos, junto al lago, y cuarenta hombres bajo el capitán Frank A. Thompson en La Trinidad (Hipp's Point), en la confluencia del Sarapiquí con el San Juan. La Columna de Vanguardia costarricense consistía en 250 hombres bajo el teniente coronel don Pedro Barillier y el sargento mayor don Máximo Blanco. El 3 de diciembre, a las 8 A.M., salieron de San José para el Sarapiquí; pero por instrucciones secretas del Presidente Mora, en pliego cerrado que Blanco abrió en el camino, cambiaron de rumbo hacia el río San Carlos.

Spencer y un intérprete, don Joaquín Fernández, se unieron a la expedición el 9 de diciembre en el Muelle de San Carlos, comienzo de la navegación en dicho río. El capitán George F. Cauty (hijo del coronel Thomas Henry Horatio Cauty, ciudadano inglés residente en Costa Rica) se encargó de construir las balsas y los botes. George, “capitán de marina”, era experto para esa tarea ya que en 1853 había construido el vaporcito *Flor de los Andes* para el Río Grande en el Golfo de Nicoya.

El 14 de diciembre, Spencer, Fernández, un oficial y seis soldados zarparon río abajo en un bote, a servir de vigías en la confluencia del San Carlos con el San Juan. Los demás siguieron después en

balsas y a pie, y llegaron al San Juan el 20, exceptuando unos pocos rezagados. Prosiguieron río abajo en el San Juan el 21, deteniéndose a pasar la noche justo antes de La Trinidad, y el 22 en la mañana desembarcaron a dos kilómetros del punto fortificado por los filibusteros, avanzaron entre la selva y los atacaron por detrás, divididos en cuatro columnas. Cogieron a los norteamericanos almorzando, de lleno por sorpresa. Los hombres de Blanco mataron nueve filibusteros en el zafarrancho y capturaron dos heridos, uno de ellos el capitán Thompson. Treinta se tiraron al agua; seis llegaron después a Greytown y los restantes murieron ahogados o baleados cuando huían. Bajos costarricenses: dos heridos, ningún muerto.

Dejando a Barillier con treinta hombres en La Trinidad, Blanco, Spencer y los restantes continuaron hacia San Juan del Norte al atardecer en cinco balsas que deslizaron silenciosas en la bahía a las 2 de la mañana del 23. Spencer sin entretenerse llevó los dos prisioneros norteamericanos a un barco de guerra inglés a que les curaran las heridas; le presentó al capitán el poder de Vanderbilt y le entregó la correspondencia del Presidente Mora para el Comodoro de la escuadra británica en el puerto. Al salir el sol, los costarricenses dirigidos por Spencer sorprendieron y se posesionaron de los cuatro vapores fluviales de la Compañía del Tránsito surtos en la bahía: el *Wheeler*, *Morgan*, *Machuca* y *Bulwer*. El 26, el *Bulwer* subió por el río San Carlos a transportar los refuerzos que se esperaban de Costa Rica, mientras Spencer se llevaba a las tropas de Blanco, en el *Morgan*, al Castillo. Como Walker no tenía guarnición en ese punto, los costarricenses se apoderaron del fuerte y del *Scott*, anclado ahí, sin resistencia.

El *Ogden* y *La Virgen* estaban en el raudal del Toro, varios kilómetros río arriba. Spencer obligó a Mr. Hutchinson, agente de la Compañía, amenazándolo de muerte si rehusaba, a redactar una orden al capitán Charles Mahoney, del *Ogden*, de traer el vapor al Castillo. Un mensajero nicaragüense llevó la orden a pie. Cuando el *Ogden* arribó al Castillo, los soldados costarricenses, ocultos en una bodega, abrieron las puertas y subieron a bordo. Spencer obligó a Mahoney y la tripulación a regresar con el barco al raudal del Toro. El capitán Thomas Bunker, de *La Virgen*, al acercarse el *Ogden* con Mahoney y su gente, no sospechó que algo anduviera mal sino hasta que Spencer y los costarricenses abordaron la nave y se la apropiaron, capturándolo también a él.

El 28, Spencer regresó al Castillo. El 29, y de nuevo el 30, fue en el *Scott* al río San Carlos, en busca del *Bulwer* con los refuerzos, sin encontrarlos. Spencer no pudo esperar más y decidió capturar el Fuerte San Carlos con la fuerza que tenía. Su meta era posesionarse

Carlos con la misma consumada destreza que caracterizó todas sus acciones. Al aproximarse el barco al río, como a las 10 A.M. del 3, la bandera de Walker ondeaba en el fuerte. Se hicieron las señales acostumbradas; un par de filibusteros destinados a la guarnición del fuerte bajaron a tierra, y el vapor prosiguió la travesía en el río San Juan. A dos kilómetros río abajo, Spencer y cien soldados costarricenses aguardaban en el *Ogden*, anclado junto a la ribera del río, medio oculto por la maleza. Spencer envió un mensaje, en apariencia para informarle al capitán del *San Carlos* que el *Ogden* estaba detenido con la maquinaria descompuesta, pero en realidad para saber si iba a encontrar o no fuerte resistencia. Al darse cuenta de que, con excepción de treinta filibusteros enfermos y lisiados, sólo iban a bordo viajeros californianos ansiosos de llegar a su destino, llevó al *Ogden* junto al *San Carlos* y, para el asombro de los viajeros, les informó que él y cincuenta costarricenses los escoltarían a Greytown. El *Ogden* se llevó a los pasajeros al Castillo, donde a la mañana siguiente transbordaron al *Scott*, en el que Spencer se lo llevó río abajo. Apenas desembarcaron en el puerto, arribó el *Texas* de Nueva Orleans con 250 filibusteros; el vapor de Spencer de inmediato dio presión a las calderas y se alejó río arriba, quedando los recién llegados sin medio de transporte para ir donde Walker.

Spencer dejó al *Scott* en La Trinidad el 6 de enero, y subió en una canoa por el Sarapiquí, a coleccionar su recompensa de Webster y del Presidente Mora en San José. Pero Webster ya no estaba ahí. Al recibir la noticia de la captura de los vapores fluviales, le había dado un suntuoso banquete al Presidente Mora y sus ministros (todos los gastos pagados con dinero “prestado” por capitalistas costarricenses). En el alegre convivio, Webster pronunció un discurso, traducido al español por Anderson, asegurándole al Presidente que pronto tendría abundante dinero y pertrechos para llevar a feliz término la guerra contra Walker, y enseguida partió para los Estados Unidos, a venderle al mejor postor su concesión costarricense del tránsito. Gracias a los vapores capturados por Spencer, el general José Joaquín Mora en su cuartel general en el Fuerte San Carlos se convirtió de repente en la figura central de la guerra contra Walker, pues Costa Rica controlaba todo desde La Trinidad hasta Granada.

El 16 de enero, Mora fue a Granada en el *San Carlos*, sin dignarse bajar a tierra. Los aliados estaban en total desorden: Bellosó se había retirado a León, dejando al general Indalecio Cordero con 125 soldados salvadoreños en Masaya; Cañas y Jerez, en Jinotepe, buscaban levantar un ejército de 1,000 hombres; Zavala con 400 guatemaltecos permanecía en Niquinohomo; Xatruch con 100 hondureños, en Diriá; y Martínez y Fernando Chamorro con 300 vetera-

nos nicaragüenses resguardaban y limpiaban las ruinas de la plaza fuerte de Granada.

Chamorro, Martínez, Cañas y Zavala conferenciaron con Mora a bordo del barco y elaboraron un plan de operaciones para lanzar asaltos combinados sobre San Jorge y La Virgen. Le ofrecieron a Mora el mando supremo del ejército, pero lo declinó, y el 23 de enero, al avanzar a Nandaime las tropas aliadas, Xatruch asumió el cargo de Comandante en Jefe. Además de poner en movimiento la faga final de la guerra contra Walker, Mora reforzó a Cañas con 150 rifles y seguiría reforzándolo más tarde. También les envió cincuenta fusiles a los patriotas nicaragüenses en Chontales, que se organizaron para abastecer de víveres al ejército de Mora tan pronto supieron que Costa Rica había capturado el Fuerte San Carlos. Asimismo los patriotas en Ometepe, capitaneados por el cura, recibieron con los brazos abiertos a los costarricenses libertadores cuando llegaron a bordo de los vapores *La Virgen* y *San Carlos*. Así vio Cañas a los nicaragüenses, y se lo comunicó al Presidente Mora: "El Gobierno, Jerez y todos los influentes están tan agradecidos de Costa Rica, que hará la generación presente cuanto se les proponga a fin de dar gusto a Costa Rica y estrechar lazos de unión con ella".

Todo el mundo sabía que, con la toma de los vapores, Costa Rica había ganado la guerra —pero todavía quedaba mucha sangre por derramar.



Charles Frederick Henningsen. Dejó el rótulo "Aquí fue Granada", tras quemarla.

23. Solo

UNA LARGA y lenta fila de carretones repletos de cajas y barriles con provisiones, enviados por William L. Cazneau, hacían cola en un muelle neoyorquino al pie de la calle Beach, esperando turno para estibar su carga en las bodegas del *Tennessee*. Muchas de aquellas cajas ostentaban el mismo rotulito: “Pan —Para el general William Walker”. Como los filibusteros requerían pistolas además de bizcochos, el *Herald* comentó que el envío en cuestión sería no solamente del “pan” que alimenta, sino también de aquello que hace “pan pan” y mata a la gente.

El vapor zarpó el 24 de diciembre, con 300 reclutas para Walker y más de \$2,000 en provisiones. Pero esa noche se le rompió el eje en una tempestad y quedó varado en Norfolk. Lo reemplazó el *James Adger*, que zarpó de Nueva York el 30 y de Norfolk el 1 de enero de 1857, con cuarenta reclutas para Walker bajo el general Chatham Roberdeau Wheat, la carga y los pasajeros para California del *Tennessee*. Los demás reclutas regresaron por tierra a Nueva York, se dispersaron y desaparecieron.

A su arribo en San Juan del Norte el 9 de enero, el contingente de Wheat reforzó a los 250 reclutas de Nueva Orleans llegados en el *Texas* pocos días antes. En la terminal de la Compañía del Tránsito al otro lado de la bahía, el capitán Joseph N. Scott a toda prisa reparó el casco de un naufragio, el *Clayton*, y la caldera y maquinaria de otro, el *J. L. White*. Juntando los pedazos, construyó un barco que los filibusteros bautizaron *Rescue* (Rescate). El 23 de enero zarparon en él río arriba, bajo el mando del coronel Lockridge, y desembarcaron en la huerta de un pobre indio llamado Petako, a diez kilómetros de La Trinidad.

El *Texas* zarpó de Nueva Orleans el 28 de enero, con refuerzos para Walker bajo el mando del coronel Henry T. Titus. Dicho contingente militar, organizado en forma, contaba con más de 250 hombres armados (algunas fuentes dicen 264 ó 420) y llevaba artillería además de abundantes municiones y vituallas. El coronel Titus era casado con una rica dama sureña, dueño de esclavos y amante de notoriedad; fue “esclavista sólido” y “filibustero toda la vida”; anduvo con López en Cuba en 1851 y se le conoció como el más famoso “filibustero bandolero-de-la-frontera” en Kansas en 1856.

El *Texas* arribó en San Juan el 4 de febrero. En cuanto ancló, se le acercó el *Rescue*, transbordó al coronel Titus con su gente y se los llevó río arriba a reforzar a Lockridge en la huerta de Petako. El 6, los

filibusteros atacaron a los costarricenses en La Trinidad. La guarnición costarricense de 420 hombres, apoyados por artillería pesada, habría sido adecuada para sostener el punto, de no haberla diezmando antes las enfermedades y deserciones. En su informe del 9 de febrero al general Mora, el sargento mayor Máximo Blanco estampa patente la triste situación de los defensores:

...No es posible contener la deserción, todos los alistados se van, sólo me van quedando enfermos: se pone una avanzada, y ya usted ve su utilidad, que es indispensable, y se van todos: se mandan a la montaña con hachas o machetes y hasta los fierros se llevan ... es mucho el miedo de estos soldados, y como son hombres que jamás han tomado un fusil, menos saben su obligación: adonde el enemigo tira un cañonazo, hay hombre que mete la cara en el fango; yo no sé qué hacer siquiera para que me quede quien cuide de los enfermos. ... La situación de este campamento es lo más lastimoso, no se ve más que caras largas, pero es miedo a las balas. Me da vergüenza, Señor General y sentimiento en ver con qué gente me ha tocado pelear. Los oficiales son buenos como unos cinco y no más ... Mi posición es triste Señor General...

Blanco evacuó La Trinidad el 13 en la noche y se retiró por el Sarapiquí con los restos de la tropa, hasta llegar a San José. Antes de abandonar el punto, arrojó los cañones en el río. El día siguiente al amanecer los filibusteros tomaron posesión de La Trinidad y arrojaron al río trece cadáveres costarricenses que Blanco dejó sin sepultar.

Al oír que los costarricenses tenían una guarnición insignificante en El Castillo, Titus avanzó lo más rápido que pudo a tomarlo; el 15 se llevó tres compañías, alrededor de 160 hombres, río arriba y a la mañana siguiente desembarcó sus tropas a un kilómetro del raudal y marchó a situarse detrás de la fortaleza. Dividió su fuerza en tres columnas, para atacar desde diversas direcciones.

En la guarnición del Castillo el capitán Faustino Montes de Oca tenía de veinticinco a treinta hombres. El capitán George F. Cauty, comandante de la marina, estaba en el fuerte, con el *Machuca* y el *Scott* anclados río abajo del raudal; Cauty tomó la precaución de embadurnar de brea a los vapores, listo a pegarles fuego en cualquier momento. En cuanto los costarricenses recibieron informes de que se aproximaban los filibusteros, el 16 de febrero, incendiaron los vapores y las casas en la faja de tierra debajo del fuerte. El *Machuca* quedó todo destruido, pero Titus logró salvar al *Scott*. El asalto por tierra al Castillo fracasó, con los costarricenses infligiendo fuertes bajas a los filibusteros mientras los defensores sufrían dos

muertos y dos heridos. Titus sitió la fortaleza y el 18 parlamentó con Cauty, exigiéndole rendición. El inglés solicitó veinticuatro horas de tregua mientras esperaba instrucciones del general Mora en el Fuerte San Carlos; Titus se la concedió y Montes de Oca envió un mensaje urgente, pidiendo refuerzos: su guarnición se reducía a veinte hombres, enfermos incluidos, y ya casi sin municiones ni vituallas. El 19, cincuenta rifleros costarricenses enviados del Fuerte San Carlos por Mora desembarcaron río arriba del Castillo, sorprendieron por la retaguardia a los filibusteros y los derrotaron. Los norteamericanos se retiraron a la confluencia del San Carlos.

Habiendo perdido la confianza y el respeto de sus hombres, Titus se fue, vía Panamá, a juntarse a Walker en Rivas, y Lockridge esperó en San Juan del Norte el arribo de más refuerzos de Estados Unidos, es decir, de Nueva Orleans, pues ya nada le llegaría de Nueva York. En Nueva York, el 26 de enero el *James Adger* llevó la noticia de la toma de los vapores y del cierre de la ruta de Nicaragua por Costa Rica. El 28, el fiscal de distrito federal ordenó el arresto de los agentes filibusteros en la ciudad, por violación de las leyes de neutralidad; sin embargo, a pesar de los arrestos, el *Tennessee* zarpó el 29 con sesenta reclutas para Walker. En su siguiente viaje, el *Tennessee* zarpó de Nueva York el 25 de febrero y arribó a San Juan el 7 de marzo, sin reclutas. Tras el arresto de los agentes, la “agencia de Nicaragua” por fin había dejado de enviar “emigrantes”. En el muelle, muchos individuos se presentaron con tiquetes falsos y no les permitieron subir a bordo. Morgan & Garrison entonces suspendieron las operaciones de la línea de Nicaragua.

Desde que Costa Rica cerró el tránsito en diciembre, los barcos de Nueva York de la compañía habían llevado a Aspinwall los pasajeros rumbo a California, tras desembarcar los reclutas de Walker en San Juan. En su último viaje, el *Tennessee* zarpó de Nueva York el 23 de marzo, tocó en San Juan el 2 de abril y el 4 dejó en Aspinwall los pasajeros para California. En Nueva Orleans, nadie interfirió con los filibusteros. El 11 de marzo, el *Texas* zarpó con 145 reclutas para Walker, encabezados por el general C. C. Hornsby. Arribaron en San Juan el 18. El 21, el *Scott* y el *Rescue* se los llevaron río arriba al raudal de Machuca, a veinte kilómetros del Castillo. El 23 y los siguientes días, los vapores se llevaron también a Machuca las tropas estacionadas en La Trinidad y en Fort Slatter (confluencia del San Carlos), junto con sus vituallas y pertrechos. Del total de 400 hombres, Lockridge contaba con 300 aptos para el combate. Entre ellos figuraban veteranos como el capitán Julius DeBrissot, el capitán L. Norvell Walker y el teniente coronel Charles W. Doubleday.

El “comodoro” DeBrissot no logró pasar el raudal de Machuca

en el *Scott*, y al *Rescue* hubo que aligerarlo de toda la carga para que cruzara. Soldados, vituallas y pertrechos cruzaron en bongos. El 28, los 300 efectivos filibusteros iban por fin navegando a bordo del *Rescue*, a atacar el Castillo. Desembarcaron en la ribera derecha del río, como dos kilómetros abajo del fuerte. Los filibusteros avanzaron hasta a cincuenta metros de las posiciones costarricenses y se encontraron con que éstos habían fortificado la colina de Nelson, 250 metros detrás del Castillo, con parapetos, trincheras, varias piezas de artillería y 500 hombres.

Temprano en la mañana del 30, Lockridge convocó un consejo de oficiales, presidido por el general Wheat. Les dijo que había recibido una carta del encargado de los asuntos de Nicaragua en Nueva Orleáns, comunicándole que no debía esperar más barcos, emigrantes ni suministros de Nueva York ni Nueva Orleáns. Lockridge calculaba que la toma del Castillo le costaría 100 bajas; pero como el *Scott* no podía cruzar el raudal de Machuca, ni el *Rescue* el del Castillo, la captura del fuerte no mejoraría la situación en que se encontraban. Sin un vapor río arriba del Castillo, jamás atravesarían el lago para llegar donde Walker en Rivas. El consejo de oficiales filibusteros por unanimidad decidió ir donde Walker vía Panamá.

Se retiraron del Castillo sin atacarlo, habiendo perdido toda esperanza de abrirse paso por el río. El 2 de abril iban de nuevo en el *Scott* y el *Rescue*, río abajo hacia San Juan. Un par de kilómetros antes de llegar a La Trinidad, explotó la caldera del *Scott*, llevándose toda la cubierta superior, la carroza de timonel a babor y parte de la proa del barco. Muchos filibusteros sobre cubierta volaron por los aires al agua, y uno o dos fueron a caer en la costa. Resultado: sesenta muertos y veinticinco heridos.

Nadie se explicaba la causa de la explosión, aunque algunos testigos creían que algún malvado pudo haber echado una botella de pólvora en el horno. El *Scott* llevaba por lo menos dos toneladas de pólvora a bordo, pero toda quedó intacta después de la explosión. Al romperse la caldera, escapó el vapor de agua a presión y produjo el enorme daño. Pronto se propagó en el campo costarricense el rumor de que el capitán George F. Cauty, comandante de la marina lacustre y fluvial, había rellenado de pólvora las rajadas en una leñera; que el vapor de los filibusteros se proveyó de leña ahí; y que cuando la usaron explotó la caldera. Haya sido ésa la causa, o no, la explosión arruinó los planes de Lockridge de reforzar a Walker vía Panamá, pues la mayoría de los quemados eran los que iban en tal misión. El *Rescue* se llevó a los sobrevivientes a San Juan, donde los cirujanos de la marina británica los atendieron en los barcos de guerra en el puerto.

La fuerza entera de Lockridge llegó a San Juan el 7 de abril y se desbandó. Enseguida convinieron entregarle sus armas al comandante inglés a cambio de que les diera pasaje a los Estados Unidos. El 10 entregaron el *Rescue*, junto con las vituallas, armas y municiones, a Mr. Thomas Martin, el alcalde de Greytown. Cauty llegó a San Juan el 12 de abril, en el *Morgan* con ochenta soldados costarricenses y ahí tomó posesión del *Rescue*, que encontró anclado en el río. El 14, los barcos de guerra ingleses *Cossack* y *Tartar* se llevaron 374 filibusteros a Aspinwall, de donde los devolvieron a casa. Ya apenas cabía esperar escasos auxilios de San Francisco.

Walker quedaba solo en Rivas con un ejército menguado al que mermarian las desertiones, las bajas de la pelea, y el sitio de la ciudad que declaró su capital y última plaza fuerte. Era un inquilino en comodato precario.



Bahía de San Juan del Norte.

24. Rivas

EL 1 DE ENERO de 1857, el ejército de Walker en Rivas se decía tener mil hombres entre oficiales y soldados, en buena salud y ánimo. El 2 de enero, el *Sierra Nevada* dejó en Nicaragua ochenta reclutas con sus equipos y gran cantidad de provisiones de San Francisco. En San Juan del Sur los recibieron cuarenta Batidores, bien montados y bien armados, uniformados de camisas azules con las iniciales "M. R." (Mounted Rangers) sobre el pecho. Se veían alegres, y, al hablar de Walker, expresaron su firme convicción de que no sólo se mantendría en posesión de Rivas, sino que León también caería en sus manos.

Los vapores del lago debían arribar en La Virgen el 5 ó 6 de enero. Al pasar las horas y los días sin que aparecieran, la excitación se tornó intensa. La ansiedad por saber algo era tan palpable que, el 12, ocho filibusteros zarparon de La Virgen en viaje exploratorio al otro lado del lago, en una lancha del *Sierra Nevada* que llevaron por tierra desde San Juan del Sur. Los costarricenses los capturaron en San Carlos el 15. En Rivas, ese día se casó una pareja en la residencia del general Walker: el general E. J. Sanders contrajo matrimonio con la señorita Elizabeth Swingle. Los casó el propio Walker en una impresionante ceremonia según el rito de la iglesia episcopal; durante el baile y fiesta de bodas, ningún observador casual se hubiera imaginado que nada sino la paz reinaba donde se veían tantas caras felices y sonrientes... Las sonrisas se borraron de los rostros a la mañana siguiente, cuando se supo que uno de los vapores estaba en el lago; numerosos filibusteros fueron a la playa, con catalejos, a atalayarlo, anclado en Ometepe. Walker entonces se dio cuenta de que los vapores habían caído en manos del enemigo y que éste con seguridad tenía posesión de todo el río, cortándole de tajo su comunicación con el Atlántico.

El 18, el *Sierra Nevada* se fue a Panamá en busca de sus pasajeros para California. Regresó a San Juan del Sur el 24, llevándole a Walker los detalles de las operaciones costarricenses en el río. El único barco de Walker en el lago, una goleta vieja de veinte toneladas, con el casco podrido, en La Virgen, se consideró entonces como medio de transporte para recuperar el río y los vapores, y pronto se descartó. La única esperanza era que Lockridge lo hiciera desde el otro lado.

El Ejército Aliado, al mando del general hondureño Florencio Xatruch, contaba en Nandaime el 25 de enero con 2,445 efectivos

—200 hondureños bajo Xatruch, 1,300 guatemaltecos bajo Zavala, 500 costarricenses y leoneses bajo Cañas y Jerez, y 445 legitimistas bajo Fernando Chamorro. El 26 avanzaron al Obraje, una aldea a trece kilómetros de Rivas. Walker al instante envió al coronel O'Neal con el Primer Batallón de Rifleros, seguido del general Henningsen con el Primer Batallón de Infantería —440 hombres en total— quienes el 27 atacaron El Obraje repetida pero infructuosamente y a medianoche se regresaron a Rivas. Henningsen dio cifras de tres norteamericanos muertos y nueve heridos en El Obraje, contra veinte bajas del enemigo. Cañas informó de un muerto y siete heridos aliados, contra treinta bajas norteamericanas. Reporteros norteamericanos publicaron que perdieron la vida ochenta centroamericanos y sólo cinco o seis filibusteros.

Preparándose en Rivas para un inminente ataque aliado, Walker reconcentró ahí todas sus fuerzas. El 26 replegó a la ciudad las tropas que tenía en La Virgen vigilando los movimientos de los barcos en el lago y protegiendo el camino del tránsito. Entonces quemó la goleta (que estaba tratando de reparar), para que no la aprovechara el enemigo.

En vez de atacar a Walker, el 28, al anochecer, los aliados ocuparon San Jorge, a cuatro kilómetros de Rivas, y sin atraso erigieron fuertes barricadas alrededor de la plaza, frente a la iglesia. Henningsen los atacó con todo el ejército filibustero a la mañana siguiente, quedando en Rivas sólo Walker con los llamados “ciudadanos” y los pacientes del hospital. Los filibusteros lanzaron asaltos sucesivos con considerable fuerza, mas fueron rechazados, una y otra vez, hasta que se replegaron a Rivas en la madrugada del 30. En su informe oficial, Cañas dio cifras de seis aliados muertos y veintiocho heridos, y estimó que los filibusteros sufrieron por lo menos cien bajas. Henningsen informó de setenta y nueve bajas norteamericanas, incluyendo quince muertos en el acto y varios heridos mortales. Estimó que los aliados tuvieron arriba de 200 bajas (entre 60 y 70 muertos), además de numerosas deserciones. Los corresponsales norteamericanos mejoraron las cifras de Henningsen, disminuyendo las bajas filibusteras a 49 (16 muertos, en su mayoría oficiales, y 33 heridos), y subiendo las aliadas a alarmantes cifras: 200 muertos y 400 heridos.

El 30 en la noche, Walker marchó con 300 hombres a San Juan del Sur, a encontrar al *Orizaba*, de San Francisco. Esperaba muchas provisiones y refuerzos de California, y llevó varias carretas para transportarlas a Rivas y 200 fusiles para los nuevos soldados. El *Orizaba* llegó el 1 de febrero, pero traía pocas provisiones y sólo cincuenta reclutas, de los cuales veinte se escondieron, buscando esca-

par a Nueva York. Walker por fin logró enganchar cuarenta y tres y el 2 de febrero inició la marcha de regreso a Rivas. Esa mañana, los aliados entraron en La Virgen, y *La Virgen* llegó al muelle, pero al saber de la presencia de Walker en el camino del Tránsito, se limitaron a fijar papeletas ofreciendo pasaje gratis a los Estados Unidos a los desertores, y se volvieron a San Jorge. Walker entró en La Virgen al anochecer, y al día siguiente, 3 de febrero, se regresó a Rivas.

En la madrugada del 4, Walker marchó con 200 hombres, sin artillería —pues intentaba tomar San Jorge por sorpresa— y entró en el pueblo; habría tenido éxito, pero la conducta amotinada de sus soldados frustró sus planes. Cogió a los aliados en verdad desprevenidos: las calles vacías; la guarnición dormida en la plaza; mas cuando llegaron a las barricadas, los hombres de Walker rehusaron avanzar otro paso. Ni maldiciones ni amenazas surtieron efecto en ellos. Cuando unos cuantos luego decidieron avanzar con Walker y asaltar las trincheras, era ya demasiado tarde. Los defensores habían despertado y obligaron a los norteamericanos a retirarse bajo una lluvia de balas de todo calibre, sufriendo pérdidas de por lo menos cuatro muertos y once heridos, aunque algunas fuentes dan cifras mucho mayores. Los cronistas filibusteros contaron por lo menos veinte muertos aliados y mencionan al general Jerez entre los heridos.

De regreso en Rivas, Walker arengó a sus soldados en la plaza. Pero en esta ocasión parecía haber perdido su elocuencia para ellos. Mortificado e indignado por su conducta en San Jorge, no tuvo palabras cordiales de aprobación ni tono de optimismo para el porvenir. Sus soldados desertaban hasta diez a la vez y no menos de 150 se habían ido en los últimos tres meses. Sus batidores tenían órdenes de dispararle al desertor que encontraran, y si lo agarraban vivo, al informarle la captura a Walker éste lo mandaba a ejecutar de inmediato. “Llévenselo y fusílenlo en la plaza”, era la orden que daba en voz pausada y suave, sin emoción alguna y sin levantar siquiera la vista de lo que estaba haciendo.

Walker atacó de nuevo el 7. Se fue con la artillería de Henningsen a cañonear San Jorge; dispararon 100 cañonazos a 600 metros de distancia, sin producir mayor daño, y regresaron a su cuartel en Rivas. En su informe oficial, Zavala anotó que 110 cañonazos de Walker mataron un hombre, dos mujeres y un niño, e hirieron a dos oficiales y nueve soldados. Casi todas las bajas las produjo un solo cañonazo, en la iglesia. En la plaza murieron seis caballos y cuatro bueyes.

Cañas le envió una nota a Walker agradeciéndole el haberle descuartizado tres reses a cañonazos, y ahorrar así a su matarife el

trabajo de destazarlas; agregó que sus soldados habían recogido cincuenta de las balas disparadas por Walker, que eran como hechas a la medida para los cañones aliados, por lo que tendría el placer de devolvérselas en el futuro.

En febrero Walker no lanzó más ataques contra San Jorge. Durante el resto del mes, sólo hubo escaramuzas entre sus Batidores y las patrullas aliadas. Unos cuantos filibusteros salían a veces en la noche a disparar al azar y causar alarma en el campamento aliado, y en igual forma piquetes centroamericanos incursionaban por entre las huertas a vaciar sus armas sobre las calles de Rivas.

William Kissane Rogers, el Ministro de Hacienda y mano derecha de Walker, se presentó en Rivas el 16 de febrero. Kissane había quedado en San Juan del Norte en diciembre, aislado de su jefe; viajó entonces en un vapor inglés a Aspinwall, cruzó el istmo en el tren y compró un velero de cinco toneladas en Panamá. Zarpó en él el 11 de enero para Nicaragua, escapó de naufragar en una tormenta en el Pacífico, y el 15 de febrero lo recogió la goleta *Granada* cuando iba a la deriva en alta mar a la altura de San Juan del Sur. A su arribo en Rivas, Walker emitió un decreto extraordinario:

El Presidente de la República de Nicaragua, en virtud de la autoridad en él conferida,

DECRETA:

Art. 1. Todos los derechos de importación y exportación quedan abolidos.

Art. 2. El Ministro de Hacienda es encargado del cumplimiento y publicación de este decreto.

Dado en Rivas, a 18 de enero de 1857.

WILLIAM WALKER, Presidente.

Como ya no disponía de imprenta alguna, Kissane envió el decreto vía Panamá a publicarse en Nueva York; y como tampoco había comercio, la abolición de los derechos aduaneros fue por lo menos una ridícula insensatez. Para entonces, la situación de Walker era desesperada, al aumentar las desertiones y prepararse los aliados a darle el golpe de gracia. En febrero, de 126 filibusteros desertores internados en Costa Rica, 70 eran Batidores, "la flor y nata del ejército de Walker". Veinte Batidores habían desertado juntos el 4 de febrero y once el 7, con todo y caballos, carabinas, cuchillos y revólveres.

La situación empeoró el 5 de marzo, cuando los aliados en San Jorge finalmente pasaron a la ofensiva contra los restos de su "Ejército Nicaragüense" en Rivas. En la noche del 4 de marzo, el coronel

Caycee fue con cuarenta y cinco Batidores a San Juan del Sur, escoltando a la viuda del mayor Dusenbury, de regreso a los Estados Unidos. El 5 al amanecer, el general Fernando Chamorro salió de San Jorge con 500 hombres a tenderle una emboscada a los filibusteros a su retorno de San Juan. Los esperaron en El Jocote, una finca en el camino a Rivas, a mil metros de la Casa del Medio Camino de la vía del Tránsito. Cuando se aproximó Caycee, temprano en la mañana, lo obligaron a replegarse a San Juan, infligiéndole siete bajas: dos muertos, dos heridos y tres prisioneros tomados por Chamorro, quien sufrió solamente un herido.

Al saberse en Rivas que una columna aliada había salido de San Jorge hacia la vía del Tránsito, Walker envió al general Sanders con 160 Rifleros y Batidores a atacarla. Los filibusteros iban camino al Jocote, a quince kilómetros de Rivas, como a las dos de la tarde, cuando se desató la batalla campal en los potreros, a cinco kilómetros de la casa-hacienda, que terminó con una carga a la bayoneta en la cual Chamorro destruyó a Sanders. Los filibusteros no llevaban bayonetas en sus rifles y huyeron despavoridos. Chamorro informó que Sanders dejó veintiocho muertos en el campo y que él tuvo tres muertos y diecinueve heridos. Walker puso en *La Guerra...* que Sanders sufrió veinte muertos y ocho heridos.

Cuando llegó a San Jorge la noticia de que se libraba una batalla en El Jocote, el general Xatruch envió una fuerte columna hacia Rivas para impedir que Walker reforzara a Sanders. La columna aliada atacó las barricadas de Rivas a las 10 P.M. y se retiró antes de medianoche, en cuanto Chamorro regresó triunfante a San Jorge. Según Walker, en *La Guerra...*, el ataque nocturno aliado fue “corto y desordenado”, resultando sólo un filibustero herido. En su informe oficial, Xatruch anotó varios filibusteros heridos y admitió seis bajas aliadas.

El 7, el *Sierra Nevada* arribó a San Juan del Sur con setenta y cinco reclutas de California. Marcharon a Rivas acompañados del coronel Caycee y su columna. Formaron la primera (y última) compañía de un nuevo batallón, al que Walker bautizó “Guardia de la Estrella Roja” como epitafio para la solitaria estrellita roja de su exigua bandera. A las 5 P.M., ese día, pasó revista a sus tropas en la plaza de Rivas y pronunció otro discurso.

El 16 en la madrugada, Walker a la cabeza de todas las fuerzas disponibles —400 hombres— con Henningsen y la artillería, lanzó otro ataque, que sería el último, contra San Jorge. De nuevo se situó a 600 metros de la iglesia y abrió fuego con cuatro morteros, dos cañones de a seis y un obús de a doce libras, enviando a la plaza 400 cañonazos de seis libras y ochenta bombas. Así cubiertos, sus rifle-

ros asaltaron las barricadas aliadas. Los aliados no sólo se sostuvieron, sino que en el fragor del combate el general Jerez tomó 500 hombres y dando un rodeo ocupó la casa-hacienda de las Cuatro Esquinas, en el camino, a un kilómetro de Rivas. A las 11 A.M. Jerez atacó desde ahí la retaguardia de Walker, mientras otra columna bajo el teniente coronel Joaquín Cabrera salía por un flanco y lo atacaba desde otro lado; los filibusteros resistieron y continuaron cañoneando la plaza hasta que se les acabaron las bombas y balas de cañón. Walker se retiró a las 3 P.M. abriéndose paso hacia Rivas por entre las fuerzas aliadas apostadas en los platanares y cacaoales del trayecto, protegidas por las impenetrables vallas de cacto a ambos lados del camino. Al pasar los norteamericanos por las Cuatro Esquinas, que Jerez había fortificado, se libró una lucha encarnizada y no pudieron desalojarlo. Fue una carnicería de ambos bandos. El ejército filibustero finalmente se filtró en Rivas en la noche, en desorden y por atajos, al amparo de la oscuridad.

En el Parte Oficial, los aliados admitieron 132 bajas (36 muertos y 96 heridos), y consignaron que “Multitud de filibusteros fueron muertos”. Walker puso sus pérdidas del día en catorce muertos y cincuenta heridos, en su mayoría leves. Estimó que las bajas aliadas sobrepasaron los 500. El 18 de marzo, el general José Joaquín Mora desembarcó en San Jorge con 560 soldados costarricenses y al día siguiente tomó el mando como General en Jefe de los ejércitos aliados. Designó para segundo a su cuñado, el general José María Cañas, y bajo él puso al general guatemalteco Víctor Zavala, al hondureño Florencio Xatruch y al nicaragüense Fernando Chamorro.

El 19 llegó de San Francisco a San Juan del Sur el *Orizaba*. Walker envió al coronel Waters con sesenta Batidores a recibir la gran cantidad de refuerzos, municiones y abastos que esperaba. El barco traía 500 balas de cañón enviadas por Crittenden, pero sólo diecinueve reclutas. Walker asignó los recién llegados a la Compañía B del Primer Batallón de Infantería, al que dio el nombre de “Fusileros de San Jorge” en premio por su “valentía en los combates del 29 de enero y 16 de marzo en San Jorge”. Pero la época de operaciones ofensivas había terminado para Walker.

El 22 de marzo, Mora empezó a cañonear Rivas con una pieza de veinticuatro libras desde una colina junto al cuartel general aliado en las Cuatro Esquinas, mientras la columna de Chamorro ocupaba la casa-hacienda San Esteban en el camino a El Obraje y erigía barricadas en la cima de un cerro a 200 metros de las líneas filibusteras. El sitio de Rivas había comenzado.

Mora atacó con todas sus fuerzas en la madrugada del 23. Las tropas de Chamorro irrumpieron sobre la casa-hacienda de Malia-

ño (que los filibusteros usaban de hospital) en el extremo noroeste de la ciudad, mientras Cañas con cinco columnas avanzaba hacia la Plaza desde el frente, flanco derecho y retaguardia del bastión filibustero. Tras siete horas de encarnizados combates, en los que la artillería de Henningsen aniquiló unidades enteras del ejército aliado, los centroamericanos sufrieron una aplastante derrota y se retiraron. Del número de muertos y heridos que dejaron en el campo, Walker calculó entre 300 y 400 bajas aliadas, mientras él tuvo sólo cuatro muertos y cuatro heridos. En los partes oficiales, las bajas guatemaltecas, hondureñas, nicaragüenses y costarricenses suman 121: 58 muertos y 63 heridos.

El 24 al amanecer, Chamorro lanzó otro asalto en el sector noroeste de Rivas, a la casa-hacienda de Santa Úrsula (junto a la de Maliaño). Sus soldados dieron fuego al techo y obligaron a los filibusteros a abandonarla por un rato; pero al final fueron rechazados, sufriendo cinco muertos y ocho heridos.

El 26 al amanecer, Xatruch, con 450 hombres, ocupó una colina en el camino a San Juan en el sector Sur de Rivas llamado La Puebla. Los norteamericanos contraatacaron en vano, y poco después un cañón de veinticuatro libras comenzó a bombardear desde el puesto de Xatruch las posiciones filibusteras, en concierto con el de las Cuatro Esquinas. Cuando el mayor costarricense Juan Estrada con 100 hombres tomó la casa-hacienda de Zamora al sureste, en el sector de Apataco, el 27, Mora completó el cerco de la ciudad, habiendo ocupado cuatro puntos estratégicos en los caminos a El Obraje, San Jorge, La Virgen y San Juan.

El 5 de abril, los aliados recibieron en Rivas la noticia de que Lockridge había abandonado todo esfuerzo de capturar el Castillo. Esa noche, el general Zavala lo celebró: llevó la banda de guerra de Liberia a las barricadas cerca de la Plaza y les brindó una serenata de marchas marciales a los filibusteros. Los sitiados no desperdiciaron balas en músicos y los dejaron tocar todo el repertorio.

* * *

LOS ALIADOS se reforzaban. El 3 de abril llegó Martínez de Granada con 300 hombres; otros 300 llegaron de León el 6, y enseguida 200 de Managua y Masaya. Más de 500 guatemaltecos entraron el 9. Entonces Mora decidió dar el golpe final. Escogió un momento propicio, de feliz augurio: el Sábado de Gloria 11 de abril de 1857, primer aniversario de la Segunda Batalla de Rivas. En un consejo que tuvo lugar la víspera, los otros generales aliados “no opinaban por el asalto; creían innecesaria la efusión de sangre, porque el ene-

migo no podía menos que acabar pronto por consunción”. Mora los calló, diciendo: “No consulto si conviene o no el asalto; quiero que convengamos los detalles”.

La cuarta batalla de Rivas comenzó en la madrugada, al igual que la tercera tres semanas antes, e igualmente terminó en una aplastante derrota aliada. Tardó sólo cuatro horas y fue una repetición de la catástrofe del 23 de marzo. En *La Guerra...*, Walker puso sus bajas en tres muertos y seis heridos, igual que el 23 de marzo, y las bajas aliadas en 700 u 800 —más de 200 muertos— sobrepasando las del ataque anterior. Explicó que los norteamericanos enterraron 110 cadáveres del enemigo, que a los prisioneros heridos los envió con bandera blanca al campamento aliado y que retuvo 70 prisioneros sanos. El general Mora no dio cifras de bajas en su informe oficial, y la prensa costarricense se limitó a decir que “En los asaltos del 11 tuvimos graves pérdidas”. El memorialista Jerónimo Pérez puso que las bajas de Walker fueron insignificantes y las de los aliados muy grandes; que los costarricenses tuvieron más de 60 bajas, los guatemaltecos 90 y los nicaragüenses la cifra mayor: 170, para un total de más de 320.

El desastre aliado del 11 de abril montó el escenario que hizo posible la rendición de Walker bajo términos aceptables para él y su causa —términos que, pese a favorecerlo estando como estaba su ejército próximo al aniquilamiento y a la muerte por hambre, entrañaban su expulsión.



Combate en las Cuatro Esquinas, Rivas, entre tropas de Jerez y de Walker el 16 de marzo de 1857.

25. Capitulación

EL COMANDANTE Charles Henry Davis, de la corbeta norteamericana *St. Mary's*, gestó, arregló y aceptó la rendición de Walker en Rivas para llevárselo de Nicaragua con los restos de su ejército y repatriarlos a Estados Unidos. Pero esto no fue sino hasta en mayo del 57. Davis comenzó a intervenir desde el 6 de febrero del mismo año, cuando echó anclas en San Juan del Sur en la *St. Mary's* con órdenes precisas del comandante de la escuadra del Pacífico, comodoro William Mervine, de hacer dos cosas:

1. Impedir y restringir las depredaciones que Walker pudiera tratar de cometer contra los ciudadanos norteamericanos en Nicaragua en la situación precaria, acorralada de sus fuerzas.

2. Tomar las medidas necesarias para proteger eficazmente a los ciudadanos norteamericanos en el caso de que los ejércitos aliados expulsaran de Nicaragua a Walker y a su gente, y de que Walker se dirigiera a territorio centroamericano vecino con el propósito de emprender nuevas operaciones hostiles de agresión.

A su arribo a San Juan del Sur, Davis recibió la visita del capitán John Edmonds, del barco carbonero norteamericano *Narragansett*, surto en el puerto. Edmonds le explicó que Walker le había pedido prestadas dos lanchas para usarlas en el lago con intenciones de capturar un vapor. Al entrar los aliados en San Jorge, Walker se llevó una de las lanchas a Rivas y los aliados se apoderaron de la otra, abandonada en la playa. El capitán Edmonds le rogó a Davis que le ayudara a recobrarlas, pues le eran indispensables en su barco. Davis envió mensajes a San Jorge y Rivas, preguntando por las lanchas y expresando deseos de visitar ambos campamentos. Tanto Cañas como Walker le respondieron cortésmente, ambos anuentes a satisfacer sus deseos y dándole la bienvenida.

El 10 de febrero al atardecer, la fragata a vapor inglesa *Esk*, en gira por los puertos centroamericanos, entró en la bahía de San Juan del Sur. La mañana siguiente, al ver a la goleta *Granada* con la bandera de Walker, Sir Robert McClure, comandante del *Esk*, requirió de Fayssoux quién le había autorizado a enarbolar esa bandera. Fayssoux anotó en su bitácora:

...Le respondí que mi gobierno me autorizaba. A las 6 P.M. me mandó a exigir que fuera a su nave a mostrarle mi patente, amenazándome con apresar o hundir mi barco si no iba, pero me negué a ir. Tras tres tentativas y todo tipo de amenazas, sin efecto, me invitó cordialmente a visitarle y entonces fui como amigo.

El 13 a las 11 A.M., el capitán Davis hizo una visita oficial a Fayssoux a bordo del *Granada*. McClure hizo lo mismo al mediodía, y el 14 fue a ver a Walker en Rivas. Davis fue a Rivas el 18, acompañado de una escolta de batidores enviados por Walker, cuando el *Esk* se aprestaba a zarpar hacia Puntarenas, Costa Rica. Después de Rivas, Davis pasó a San Jorge. Tanto Walker como los aliados lo recibieron con amabilidad y accedieron sin vacilar a sus deseos. Aunque Davis pretendía ser neutral, sus observaciones, transmitidas al comodoro Mervine, muestran la tenaz ideología racista que lo vinculaba al campo de Walker:

...Lo que más me llamó la atención en Rivas, es la calma natural, los modales hogareños de todo el mundo.

La verdad, Comodoro, es que si los americanos se establecen aquí, será por la misma ley por la que los turcos gobiernan a las decadentes razas del Asia Menor, los tártaros a los chinos, los ingleses a las ricas pero enervadas naciones de la India —una ley de la naturaleza.

Cuando pasé del campamento americano inmediatamente al de los aliados, y observé el fuerte contraste entre los marcados rostros serios y las proporciones personales de los hombres de origen norteno que acababa de dejar; y las caras blandas, entorpecidas (con grandes ojos femeninos) y las figuras obesas de los guardias en fila que me dieron la bienvenida, la mitad de ellos parados ahí con la boca abierta, discerní al instante el secreto de la frecuente resistencia exitosa de Walker en circunstancias tan adversas —lo que hizo posible la magistral retirada de Henningsen de Granada.

Davis platicó con sus compatriotas en el ambiente “hogareño” de Rivas. Walker le dijo que podía enviar por la lancha del *Narragansett* cuando quisiera. Pero él y Charles J. Macdonald, agente de la “Nicaragua Transportation Line” de Morgan & Garrison (el mismo agente que colaboró con Walker en la toma de Granada en 1855), le pidieron además a Davis que les exigiera a los aliados entregarle a Macdonald los vapores de la Compañía; que como Guardián y Protector de bienes norteamericanos, Davis debería recapturar los vapores lacustres y fluviales al igual que recobraba las lanchas del *Narragansett*. Davis les dijo que lo pensaría. Al regresar a San Juan, decidió que lo que le pedían estaba fuera del ámbito de sus deberes, y el 23 de febrero le dijo “No” a Macdonald. En represalia, Walker faltó a su palabra y se negó a entregar la lancha cuando Davis envió por ella al día siguiente.

Los generales aliados en San Jorge demostraron gran interés en complacer a Davis en todo. El 24 le entregaron la lancha que te-

nían, tal como él lo pidió, y el General en Jefe Xatruch le adjuntó una carta amable, rogando a Davis que hiciera cumplir la ley de neutralidad de Estados Unidos e impidiera el desembarco en San Juan del Sur de los reclutas que llegarían de San Francisco a Walker en el siguiente vapor. Davis se negó a hacerlo. El 2 de marzo, le respondió a Xatruch que la ley de neutralidad promulgada por el Congreso regía sólo dentro del territorio y la jurisdicción de los Estados Unidos: “Y además, —enfaticó— debe ser tan obvio para usted como lo es para mí, que si mi gobierno deseara que mi barco interviniera en la forma que usted propone en las contiendas que actualmente perturban la paz de este país, no habría dejado de suministrarle las instrucciones apropiadas”.

Cuando el *New York Tribune* publicó la correspondencia entre Xatruch y Davis, señaló varios incidentes que mostraban la parcialidad de Davis en favor de los filibusteros, y comentó:

La correspondencia ... brinda abundantes pruebas, si es que éstas fueran necesarias, de la vergonzosa complicidad de nuestro gobierno en los robos y asesinatos del filibusterismo, de los que Nicaragua ha sido el escenario durante el último año.

...El capitán Davis indudablemente tiene razón. Si lo hubieran enviado a Nicaragua para algo que no fuera darle auxilio y consuelo a los filibusteros, sin duda se lo hubieran dicho. ... en todo esto, debemos entender que el capitán Davis no actúa por sí mismo, sino para su gobierno. Es indudable que acata sus instrucciones.

Las instrucciones secretas del comodoro Mervine o del ministro de la marina Dobbin o de otros amigos filibusteros en Washington, pueden haber influido en Davis, mas es evidente que en Nicaragua él actuó de acuerdo a sus propias simpatías y convicciones.

A principios de marzo, Davis creía que el general Wheat, en el río San Juan, estaba a punto de avanzar “a la costa del lago, alrededor del cual marchará con facilidad, atravesando una magnífica región ganadera, llena de provisiones y libre del enemigo”. En cuanto a Walker en Rivas, Davis sabía que “sin duda, cada vapor que llega a este puerto le aumenta su confort y eficiencia trayéndole hombres, ropa, municiones, enseres de hospital y vituallas”. Además, veía a las fuerzas aliadas desmoralizadas y debilitándose: “un ejército mal organizado desde el comienzo”, constituido por “gente afeminada”, ya casi convertido en “una turba indisciplinada”. Por lo tanto, en marzo Davis preveía el triunfo de Walker, “con tal de que no le falte la ayuda exterior que ha tenido hasta la fecha”.

Bajo esas circunstancias, favorables a los filibusteros, el comandante de marina Davis decidió no intervenir. Cambió el curso

en abril, al ver desplomarse la situación de Walker en Rivas. A pesar del desastre del 11 de abril, la mal organizada, afeminada e indisciplinada gente nativa —a los ojos racistas y equívocos de Davis— continuaba ganando terreno y el 15 ocuparon San Juan del Sur, quitándose al filibustero sureño. Davis entonces intervino como mediador y garante de una tregua entre el coronel Juan Estrada, jefe de las fuerzas aliadas en el pueblo, y el capitán Fayssoux, de la goleta *Granada* en la bahía. El 22, con el permiso de ambos bandos, Davis envió al teniente Thomas T. Houston a evacuar de Rivas a las mujeres y niños norteamericanos. Por medio de Houston, le informó a Walker que estaba dispuesto a servirle. Walker le respondió que, de presentarse la ocasión de requerir su ayuda, se lo diría por escrito.

Hacia finales de abril, pues, Davis sabía que a Walker en Rivas le quedaban provisiones para pocos días y que las desercciones debilitaban en extremo sus fuerzas. También sabía que la Compañía del Tránsito no enviaría más vapores a San Juan del Sur, y enseguida supo que las tropas de Lockridge iban de regreso a Estados Unidos, dejando a los costarricenses en posesión incontrastable del río San Juan.

El 28, Davis envió al teniente D. Porter McCorkle a Rivas, a recabar información fresca y veraz sobre el campo aliado y el de Walker para decidir su curso a seguir. La información que le llevó McCorkle el 29 convenció a Davis de que la posición de Walker en Rivas era insostenible, e intervino de inmediato para impedir la inminente masacre de sus compatriotas. En sus propias palabras:

...Por la información que trajo el teniente McCorkle, quien vino el 29, decidí ir a Rivas al día siguiente.

...Tan pronto como tuve noticias ciertas de que el coronel Lockridge había abandonado el río San Juan, se me hizo evidente que el general Walker, privado de toda posibilidad de recibir refuerzos y consumiendo rápidamente sus mulas y caballos, tendría que sucumbir ante un enemigo superior en fuerzas, o correr el albur de mejorar su suerte mediante un cambio de posiciones.

...a finales de abril el único recurso que le quedaba al general Walker era abrirse paso hacia la costa para refugiarse, si conseguía hacerlo, a bordo de la goleta *Granada*. En esto, reitero, cito la opinión de sus amigos. De acuerdo a los informes más dignos de crédito, la tentativa habría sido un recurso desesperado y último, terminando en fracaso a menos de cinco millas de Rivas.

Davis llegó al cuartel general aliado en las Cuatro Esquinas el 30 por la tarde. Tras conferenciar durante media hora con el general Mora, y de enviarle varias misivas al general Walker, sostuvo tres en-

trevistas con Henningsen y Waters, enviados de Walker. En la última, el 1 de mayo en la mañana, los delegados filibusteros y el comandante de marina Davis firmaron un convenio que el propio Walker suscribió al calce en Rivas ese mismo día.

Ni un solo centroamericano firmó el documento. Mora simplemente le envió una carta a Davis, expresándole su aprobación a los términos del convenio y agradeciéndole en nombre de los gobiernos centroamericanos sus buenos oficios para la terminación de la guerra.

Aunque ambos bandos vieron con beneplácito el fin de las hostilidades, jamás lo habrían hecho solos: ni el norteamericano “blanco-puro” William Walker podría haberse rendido ante un miembro de la raza mestiza hispanoamericana, ni el general en jefe centroamericano José Joaquín Mora pudo haber firmado un convenio con un filibustero denominado pirata. En vista de ello, el oficial norteamericano Charles Henry Davis tuvo que gestar, arreglar y aceptar en Rivas la capitulación de Walker.

Durante las negociaciones, a Davis le impresionó la personalidad de Mora—su “candor, sinceridad y, sobre todo, humanidad”.

Pérez afirma que los generales Xatruch, Martínez y Chamorro querían exigirle a Walker “las garantías o promesas de no volver a hostilizar a ningún Estado de la alianza”, pero Mora no quiso proceder así, porque “a todo trance deseaba terminar la guerra y volver a su patria”. Por esas fechas, el general Gerardo Barrios iba camino a Rivas con un fuerte ejército salvadoreño, decidido a aniquilar a Walker. A Mora—según Pérez— “si le era característica la vanidad, entonces la traía duplicada por los triunfos [en el río San Juan], que rebajaba él mismo a fuer de tanto alarde que hacía de ellos”. Temiendo, pues, que la gloria del triunfo fuera a adjudicársele a Barrios, resolvió por sí y ante sí (como solía) concluir la campaña de cualquier modo, y así lo hizo, a despecho de la oposición de los otros jefes aliados.

Davis vio menos candor, sinceridad y humanidad en su compatriota que en el general costarricense. En la primera misiva le dijo: “Si usted abandona Rivas, yo le garantizo su seguridad personal y la vida y evacuación de todos los miembros de sus fuerzas, sin excepción de rango ni nacionalidad”; Walker vaciló, objetando que la propuesta era vaga. Mas cuando Davis le comunicó a Henningsen su decisión inalterable de impedir que la goleta *Granada* se hiciera a la mar, Walker ya no tuvo adonde ir y hubo de someterse mansamente a los términos de Davis.

Durante las conversaciones, un asesinato más en Rivas le permitió a Davis apreciar lo inhumano de Walker (y de su cofrade Kis-

sane). La prensa de Nueva York dio los detalles:

LA MANO DERECHA DE WALKER.

El 30 de abril, mientras el general Walker, sin que lo supieran sus tropas, negociaba su capitulación, sabiendo que se rendiría al día siguiente, un soldado, desobedeciendo las órdenes, salió fuera de las líneas. Poco después regresó, pues sólo había ido en busca de una botella de aguardiente.

Lo llevaron donde Walker, admitió su falta y pidió clemencia.

“Si tiene algún mensaje que enviarles a sus amigos”, le dijo Walker, en su voz suave pero sarcástica, “escríbales pronto, pues hoy morirá al atardecer”.

Puntualmente al ponerse el Sol, se formó el pelotón de fusilamiento y a punto de darse la orden de fuego, el soldado les suplicó a sus camaradas:

“Hermanos, ¿cómo me van a matar por algo como eso?”

Todos levantaron sus rifles y dispararon al aire, sobre su cabeza. El pobre muchacho salió corriendo, sólo para caer de rodillas de un balazo disparado por el teniente coronel William Kissane Rogers. Enseguida se le acercó, y en el suelo le destapó los sesos con otro tiro de su pistola.

Algunos dudan que exista el infierno. Debería existir, si es que no lo hay.

Walker capituló al día siguiente (el 1 de mayo) en la mañana; Henningsen había destruido ya los cañones, la fundición de armas y todas las municiones. A las cuatro de la tarde, Davis entró en Rivas con el general Zavala y su Estado Mayor, para acompañar a San Juan del Sur a Walker y sus oficiales, quienes embarcaron en la *St. Mary's*. Henningsen quedó en Rivas con Davis. Los restos del ejército de Walker —los 240 hombres que podían caminar— desfilaron en la plaza y se les leyó el Convenio, inserto en las Órdenes Generales No. 59, últimas de Walker en Rivas:

Reducidos a nuestra situación actual por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros y la traición de muchos, el ejército no obstante ha escrito una página de historia americana que es imposible olvidar ni borrar. Del futuro, si no del presente, esperamos un juicio justo.

Henningsen entonces le entregó la tropa a Davis, quien al día siguiente (2 de mayo) envió a los filibusteros a La Virgen para repatriarlos a Estados Unidos vía Costa Rica y Panamá. Los condujo el teniente de marina McCorkle, quien los encontró “en un estado muy lastimoso: muchos de ellos descalzos y desnudos casi, heridos,

DOS AÑOS y un día después de haber zarpado de San Francisco en el *Vesta* para Nicaragua, William Walker se vio forzado a alejarse de sus costas. El Predestinado de los Ojos Grises se iba y los centroamericanos se regocijaron. Pero regresaría, y su segunda invasión les recordaría con dolor la promesa de no reincidir que le exigían Xatruch, Martínez y Chamorro como fianza de la capitulación y que ni Mora ni Davis le pidieron al filibustero.



Comandante Charles H. Davis, gestionó la rendición de Walker en mayo de 1857.



José Joaquín Mora, General en Jefe de los ejércitos aliados.